

MONS. MANUEL LARRAIN E.

escritos completos

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.

1

LA IGLESIA EN SU LITURGIA

MONS. MANUEL LARRAIN E.

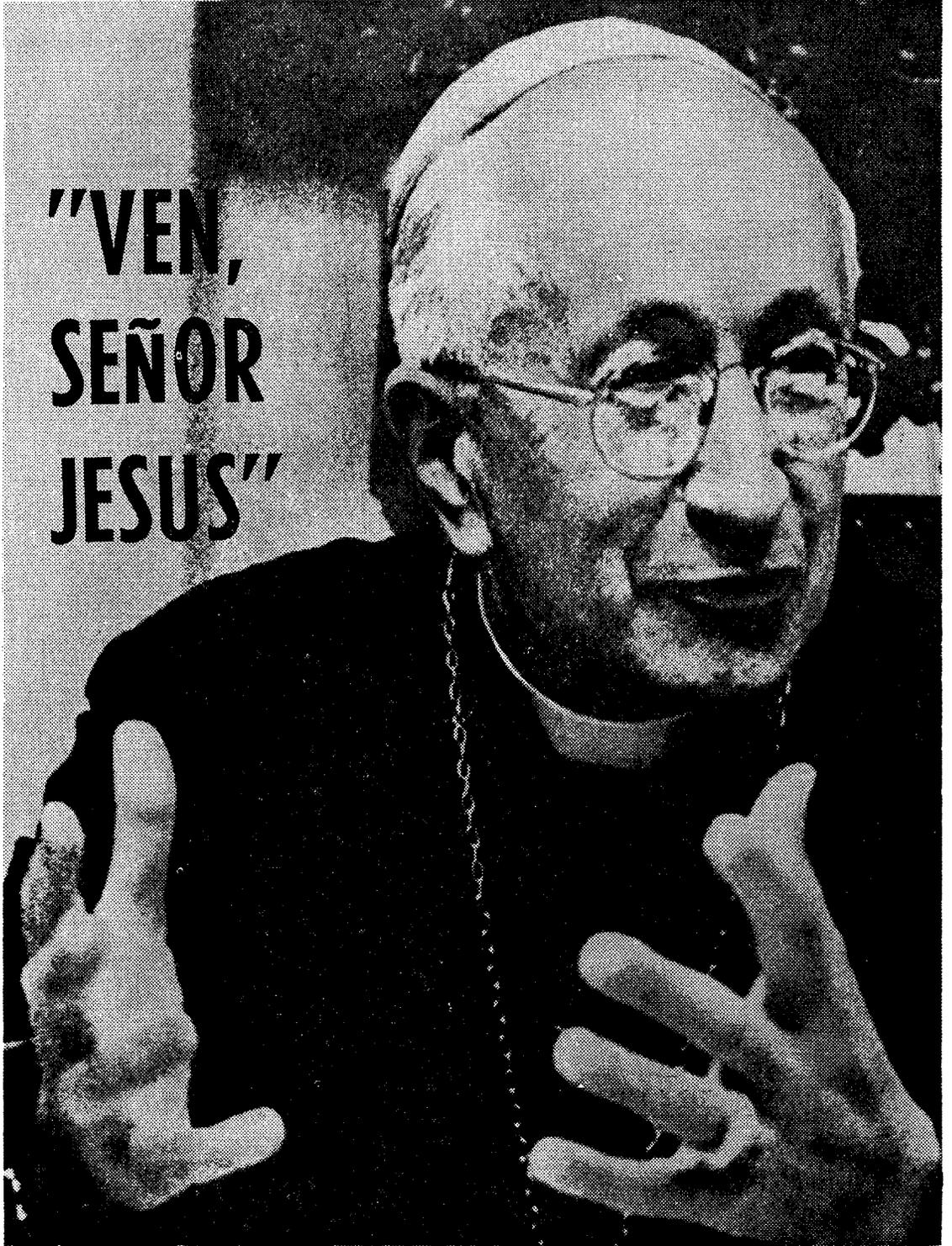
Pbro. PEDRO DE LA NOI
Dr. en Filosofía,
Prof. en la Universidad Católica de Chile

MONS. MANUEL LARRAIN E.
ESCRITOS COMPLETOS

Tomo I

LA IGLESIA EN SU VIDA INTIMA

**"VEN,
SEÑOR
JESUS"**



PRESENTACION



Con mucha alegría presento este libro que contiene la primera parte de los escritos de Monseñor Manuel Larrain, mi ilustre antecesor como Obispo de la Diócesis de Talca.

Me parece que al leer sus escritos, la riqueza y la profundidad de sus enseñanzas los lectores podrán apreciar su extraordinario valor.

Mons. Larrain fue un profeta, un visionario. Un hombre de Iglesia y un hombre de Dios. Con razón el día de sus funerales escuché a un Obispo chileno esta frase: "Manuel era la brújula de la Iglesia chilena".

Agradezco al Pbro. Pedro de la Noi el trabajo abnegado y silencioso que ha realizado en estos diez años de investigación y recopilación del documento.

Que todo sea por la Iglesia, el Gran Amor de la vida de Monseñor Larrain.

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

INTRODUCCION

Diez años después de la muerte de Mons. Manuel Larraín Errázuriz damos a luz la publicación de sus escritos.

Lo hacemos porque pensamos que hay personas, cuyas existencias constituyen en sí mismas un legado para toda una época. No dudamos que una de éstas fue el Obispo de quien nos ocupamos.

Y hay fechas que son oportunidad privilegiada —providencial, pensamos los cristianos— para reactualizar la presencia de tales personas, para redescubrir su legado espiritual y la amplitud de sus dimensiones.

El "Caso Manuel Larraín" durante su vida

Quien considere serena y objetivamente a Monseñor Larraín reconocerá que no es exagerado afirmar que se trata verdaderamente de un "caso", al menos dentro de la Iglesia chilena y latinoamericana.

Durante su vida, entre los muchos aspectos que "sorprenden", cabe traer al recuerdo los siguientes:

— Su clarividencia para "adelantarse" a los acontecimientos y situaciones de la vida de la Iglesia y del mundo:

El concibe e impulsa, por ejemplo, la "pastoral de conjunto", que integra a sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos en un solo cuerpo apostólico, mucho antes del Concilio Vaticano II. Con este objeto, entre otras iniciativas, trae a su Diócesis desde Francia a los Padres Boulard y Motte (este último, actualmente obispo), con quienes permanece en contacto durante años.

Ya al comienzo de su vida sacerdotal, por otra parte, comprende que la liturgia, como lo expresará más tarde el Concilio, es la "fuente y cumbre de la vida cristiana". A lo largo de 28 años de Episcopado trabaja incansablemente por centrar a su Diócesis en el culto oficial de la Iglesia

y no hay fiesta del Año Litúrgico que no vea alguna pastoral, circular o artículo en el Diario local, destacando siempre nuevos aspectos de los misterios cristianos revividos en la Iglesia.

La colegialidad de los obispos la vivió también desde temprano intensa y concretamente, siendo pionero de la doctrina conciliar con su ejemplo, a través de un vivo, directo y permanente contacto e intercambio con los obispos de todo el mundo. Especialísima mención debe hacerse de su relación con el Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM —el primero en su índole en el mundo— del que fue uno de sus fundadores, varias veces vicepresidente y, finalmente, presidente hasta su muerte.

El Presbiterio de la Diócesis, como cuerpo fraterno de todos los sacerdotes en torno al Obispo, con plena participación en todos los asuntos de la Iglesia diocesana fue otra dimensión de la Iglesia que Monseñor comprendió mucho antes que fuera expresada en el Concilio.

El Ecumenismo tuvo también a este Obispo como uno de sus pioneros, si bien en este campo hubo en él un notable cambio hacia una mayor abertura. Los monjes protestantes de Taizé (Francia) fueron sus mejores testigos y en particular su Prior Roger Schutz a quien el Obispo, en simbólico gesto de unidad, regaló su anillo episcopal en una oportunidad.

La necesidad de estructuras sociales más acordes con la justicia también recibieron la luz profética y los ejemplos de gestos pioneros del Pastor de Talca. La parcelación voluntaria del Fundo “Los Silos” del Obispado de Talca —la primera de Chile— junto con su sostenida y lúcida acción y enseñanza social, le mereció ser el primer obispo latinoamericano citado en una Encíclica, concretamente en la *Populorum Progressio*.

— Otro aspecto sorprendente de su acción pastoral es su fecundidad como escritor: más de 400 son los artículos, henchidos de doctrina, que escribió en el Diario *La Mañana*, de Talca, a lo largo de sus 28 años de episcopado. Por otra parte, las editoriales Difusión, Chile, Guadalupe, Gutenberg, El Imparcial, Del Pacífico, San Francisco, Paulinas, Poblete, Progreso, Salesiana, Stanley, Universidad Católica sirvieron de cauce a los numerosos libros y folletos que salieron de sus manos.

— También es digna de mencionar su cercanía, influjo e intercambio con las diversas comunidades y familias religiosas:

Por él llegan a Chile los Hermanitos y Hermanitas de Jesús, de Charles de Foucauld. El escribió el Prólogo de *En el Corazón de las masas*, de René Voillaume, su amigo, a quien invitó varias veces a Chile; también escribió en más de alguna oportunidad en la revista *Jesús Caritas*, de esa espiritualidad.

Es él quien intervino, igualmente, en la venida a Chile de los Cistercienses de La Dehesa.

Los jesuitas, que lo tuvieron como alumno en el Colegio San Ignacio de Santiago; como seminarista en el Colegio Pío Latino Americano de Roma y como estudiante de Teología en la Gregoriana, le publicaron periódicamente escritos en su Revista *Mensaje*, algunos de los cuales, en circunstancias tan significativas como la de los 400 años de la muerte de San Ignacio (*El Caballero de Dios*, es su título). Para los funerales de

la figura más destacada de los jesuitas chilenos, al menos en el siglo —El P. Alberto Hurtado Cruchaga— es Monseñor Larraín, su amigo íntimo desde sus tiempos de colegio, quien celebra la Misa y realiza la predicación. Para el Centenario del Colegio Pío Latino Americano, los jesuitas de Roma distinguieron igualmente a Monseñor, encomendándole el discurso a nombre de los obispos del continente.

Es él quien trae las religiosas de Santa Marta a Chile.

Fue especialmente a Friburgo (Suiza) a ordenar a 11 de los primeros sacerdotes chilenos de la Comunidad de Schönstatt, en un gesto lleno de sentido para la vinculación de esa familia religiosa con la Iglesia de Chile.

Nadie lo tuvo más cerca, sin embargo, que el Clero Diocesano: sus primeros años de sacerdocio los pasó como Padre Espiritual y Profesor del Seminario Pontificio de Santiago, al que lo llevó el Rector de la época, Mons. Juan Subercaseaux. Con el Seminario mantuvo estrechísimos lazos durante toda su vida. Dio innumerables Retiros espirituales al Clero de diversas Diócesis y año a año entregó un documento de espiritualidad a los sacerdotes de Talca, al término de sus Ejercicios Espirituales. Periódicamente escribió libros de espiritualidad sacerdotal, siendo el primero de ellos *"Sanctifica eos. Elevaciones sobre la Oración Sacerdotal de Jesús"*, en 1936 y el último *"Sacerdocio y Vaticano II"*, en 1965 (un año antes de su muerte).

Esta atención y cercanía a los religiosos y sacerdotes iba hermanada a una visión lúcida y a una dirección vigorosa de los laicos y particularmente de la Acción Católica, que dirigió a nivel nacional durante diez años. Chimbote, Manizales, Caracas, Atlántida, Montreal son algunas de las ciudades que lo tuvieron como figura de primer orden en Congresos de Acción Católica. Roma lo tuvo también como importante orador del 2º Congreso Mundial de Apostolado Laico. Por lo demás, entre los "jóvenes" que formó durante sus años de asesoría de la Acción Católica en la Universidad se encuentran numerosos ex parlamentarios, ministros y también presidentes de la República, como sacerdotes y obispos.

El "Caso Manuel Larraín", después de su muerte

Si podemos hablar de "el caso Manuel Larraín" al considerar su vida, igualmente podemos hacerlo, al mirar su supervivencia después de su partida.

Por de pronto, cabe preguntarse si conoce la Iglesia chilena algún aniversario que haya tenido el eco que tuvo el 10º de la muerte del ex Obispo de Talca: ¡29 obispos se reunieron en Talca el 22 de junio del presente año! Junto al Cardenal de Santiago —que presidió la Misa de conmemoración— y al Nuncio de Su Santidad, estaban el Arzobispo de Olinda y Recife, Mons. Helder Cámara; el Arzobispo de Montevideo, Mons.

Partelli; el Arzobispo de Quebec, Mons. Sanchagrin; el Obispo de Málaga, Mons. Buxarrais; el Secretario del Episcopado francés, Mons. Houpleroux y más de 20 obispos chilenos.

Además, cerca de 100 sacerdotes, junto a algunos seminaristas, venidos espontáneamente de diversas partes del país quisieron hacerse también presentes en esa ocasión.

Por otra parte, le han dedicado artículos con ocasión del 10º aniversario de su muerte, las siguientes revistas católicas:

Servicio, de la Comisión Pastoral del Episcopado Nacional;

Cencosep, del Centro de Comunicación Sociales del Episcopado;

Contactos, del Instituto de Catequesis;

Renovación en el Espíritu Santo, del Movimiento Carismático;

Indiso, del Instituto de Difusión Social del Arzobispado de Stgo.;

Mensaje, de los Padres Jesuitas; y

Teología y Vida, de la Facultad de Teología de la Universidad Católica.

Juan Noemí, teólogo chileno doctorado en Münster, le dedicó su libro sobre Tillich *Interpretación teológica del presente* (1).

También se celebró una Misa de conmemoración en la Universidad Católica; otra en la Iglesia del antiguo Seminario de Santiago, organizada por sacerdotes diocesanos y otra en la Iglesia de San Ignacio.

Pero los homenajes no han sido sólo actos fugaces. En Talca se centraron las comunidades cristianas durante un mes en el estudio y meditación del legado espiritual de quien fuera su Pastor por casi treinta años. También las comunidades cristianas de la Universidad Católica se detuvieron a estudiar el mensaje de este Obispo.

Muchos perfiles, pero una sola línea

A la narración escueta de hechos recientemente expuesta y fácilmente constatable, ha de seguir la reflexión: ¿Cuál es la explicación del poder seductor de este obispo? ¿Qué es lo que explica su fecundidad en vida y su supervivencia, diez años después de su muerte? ¿Será porque fue el "obispo de la doctrina social", como lo designan algunos?

Ciertamente que sí; Monseñor Larraín es acreedor a este calificativo: allí están sus discursos en conmemoración de la *Rerum Novarum* o su comentario a la *Mater et Magistra*; su participación activa en las "Semanas Sociales" chilenas; su postura definida en el "Conflicto de Molina"

(1) Santiago, Anales de la Fac. de Teología de la U. C., Ed. Paulinas (1976), 319 págs.

—la 1ª huelga campesina en Chile— o la parcelación voluntaria del Fundo “Los Silos”.

Pero no menos importante fue su palabra y su acción renovadora en el campo litúrgico: su Catedral, símbolo imperecedero de su amor apasionado y delicado al culto de Dios lo muestra; lo atestiguan igualmente su contacto permanente con los Padres Benedictinos, como con el equipo de *La Maison Dieu*, de París y sus numerosos escritos sobre el tema.

Tomar a Mons. Larraín como “el hombre de lo social”, sin más, es desconocer totalmente su personalidad y sus escritos. Pensar que lo que interesa en él es “su humanismo”, es dejar de lado su alma cristiana, el corazón mismo que animó su acción, incluida por cierto la social.

Y estas consideraciones, lejos de minimizar la importancia de su doctrina y acción sociales, le dan su verdadera significación, su fuente primera de inspiración, su proyección última.

La imagen frecuente de él como del obispo “avanzado”, siempre renovador y abierto a nuevas posibilidades es muy justa, pero ello no excluye que sea también el testigo viviente de la tradición de la Iglesia, a la que amó entrañablemente y enseñó en toda oportunidad. En una carta dirigida a Mons. Jorge Medina Estévez, con ocasión de su rectorado interino del Seminario Pontificio de Santiago, le escribe en carta del 11 de abril de 1961:

“Yo pienso que el ponerse en contacto con la vida de la Iglesia lo hace a uno amar igualmente el pasado y el futuro, el rico acervo de la tradición y las grandes perspectivas del mañana...”.

Estos y muchos otros son los perfiles de la rica personalidad de este obispo, en cuya organicidad de la mente y en cuya amplitud del corazón, se refleja la riqueza de la catolicidad de la Iglesia.

Tal diversidad de perfiles va hermanada, al mismo tiempo, con la invariabilidad de la línea.

En medio de actividades tremendamente diversas, hubo en él una gran unidad interior: su espíritu profundamente sacerdotal era su fuente, su honda piedad y su profunda meditación su alimento.

Si muchos se afirmaron en él, fue porque era firme.

Era firme en su palabra, porque firme en su doctrina.

Porque era seguro, daba seguridad.

Y porque era firme y seguro fue capaz de formar gente firme, gente segura.

Su firmeza fue la de una dirección, a la que siempre fue fiel.

La unidad de su línea de vida y de acción aparece tanto más nítida cuanto más amplio es el período de tiempo que se considera.

El 22 de diciembre de 1922, escribe de puño y letra:

Mathe 22-19.

El día en que definitivamente comprendí, cual era el camino que debía seguir, cuando con toda claridad oí la voz de mi Dios que me decía como a los pescadores de galilea "deja tus redes y sígueme"; cuando toda el anhelo de ideal y bien que había acumulado en mi alma encontró el campo donde debía desarrollarse; que dije, que fue para mí tal día!

Entonces comprendí claramente todas las recompensas interiores que Dios da a los que por el sueño y trabajan, entonces con certeza de madura comprendí toda la dignidad y excelencia del sagrado

trabajo.

Las pequeñas quechuas, las ambiciones mundanas, al lado de esta sublime ambición, ser todo de Jesús!

Gracias Dios mío porque me has hecho verte.

Era natural que te viera y te encontrara; te he buscado tanto!

Son palabras de alguien que recibe la gracia de comprender a fondo lo que es una consagración, lo que es la fidelidad evangélica en el grado en que es dada a los predilectos de Dios.

Pareciera como si hubiera fijado su vista en la meta y motor de toda su existencia para siempre.

Su ideal de fidelidad lo expresa solemnemente en el Centenario del Colegio Pío Latino Americano:

“... la gloria del sacerdote no es ni el aplauso lisonjero, ni el éxito humano, sino la fidelidad hasta el sacrificio en la misión que la Iglesia le confía.

La voz de san Pablo nos advierte que ‘lo que se pide entre los administradores es que sean fieles...’”.

Esta firmeza de línea y esta profundidad de convicciones, lejos de cerrarlo al diálogo, lo abrió a él; no al diálogo blando, que es reflejo de indecisión y espíritu vacilante, sino a la confrontación respetuosa propia de quien busca, por sobre todo, la verdad.

Personalidad perfectamente definida, fue, sin embargo, la antítesis del unilateralismo; el equilibrio y la organicidad de la mirada fueron, por el contrario, sus características.

Que es hombre de una línea se refleja en la correspondencia que hay entre lo que piensa y lo que dice y entre lo que dice y lo que hace.

Habla de justicia social y comienza la Reforma Agraria en Chile, con la distribución de las tierras de un fundo del Obispado entre sus inquilinos.

Predica la importancia de la liturgia y su renovación y prepara su celebración en la oración intensa, en el estudio y de mil maneras.

Habla de América Latina como de una unidad y es él uno de los más decididos impulsores del Consejo Latino Americano de Obispos (CELAM).

“Ven, Señor Jesús”, su lema

Si son muchos los que “siguieron” y siguen a Mons. Larraín es porque caminaba con la Iglesia y, a la vez, hacía caminar a la Iglesia.

Caminaba con la Iglesia, no solo. En ella se afirmó para caminar. En sus escritos aparece muy clara su familiaridad y constante alusión a los Padres y Doctores de la Iglesia y su adhesión —acuñada en una sólida formación romana— al magisterio de Pedro, “el dulce Cristo en la tierra”, como lo llama en su “Testamento Pastoral”.

En su caminar no fue avanzado, en el sentido de que estuviera ávido de novedades o que posara de moderno. Era demasiado profundo para dar tales muestras de superficialidad.

Lo fue, sí, en cuanto que tenía una conciencia muy clara y lúcida de la verdadera meta del cristiano y de la Iglesia y, por tanto, a la luz de ella, cualquier situación concreta la miraba como pasajera.

Hijo de san Ignacio, a quien conoció en el Colegio que lleva su nombre, a través de su amistad de toda una vida con el P. Alberto Hurtado, S.J., durante su estadía en el Colegio Pío Latino Americano de Roma y en la Gregoriana, había hecho totalmente suya la norma de discernimiento del santo de Loyola: asumir los medios y las situaciones concretas o dejarlos "en tanto en cuanto" conducen a la meta o dificultan el acceso a ella.

Hijo, igualmente, de san Agustín, patrono de su Diócesis y cuya actualidad destacó ya en sus primeros años de sacerdocio en un artículo (2), captó temprano y en profundidad la dimensión histórica de la Iglesia, cuyo carácter de peregrina en la tierra ha manifestado tan hermosamente el Concilio Vaticano II.

Con frecuencia comentaba Mons. Larraín aquella oración del Domingo 4º después de Pascua de Resurrección:

"Haz, Señor, que en medio de la variedad de las cosas de este mundo, nuestros ojos estén fijos ahí donde se encuentran los verdaderos bienes".

Su gran arraigo en los Padres y maestros de la Iglesia no sólo no impidió a Monseñor Larraín mirar al futuro, sino que fue su punto de apoyo. Tal vez cabría aplicarle las palabras de Bernardo de Chartres, dichas en el siglo XII:

"Somos como enanos, pero encaramados sobre los hombros de gigantes, podemos mirar mucho más lejos que ellos".

Pero Monseñor Larraín no sólo caminó con la Iglesia; también la hizo caminar.

¿Sus medios?

La crítica elevada a la propia Iglesia, por amor a ella y a la luz de su propio magisterio; su atención a los problemas y situaciones nuevas del mundo y a las exigencias de nuevas respuestas de la Iglesia; la cercanía y atención a las generaciones jóvenes; el contacto continuo con la Iglesia universal en sus más variadas expresiones, que le proporcionaba alternativas diversas, perspectivas distintas.

Caminante en una Iglesia peregrina, el mediador entre Dios y los hombres, era también mediador entre las diversas Iglesias particulares y así, foco de unidad; hacía constantemente de puente, trayendo y llevando experiencias, realizaciones, éxitos, sufrimientos.

Las circunstancias de su muerte parecen ser un símbolo de lo que fue su vida: murió en la ruta... , caminando. Su vida fue, en efecto, un largo caminar, pasar por muchas partes, y estar presente en el mundo en todas sus dimensiones.

En aquel último viaje por los caminos de este mundo iba en com-

(2) *Revista de los Estudiantes Católicos, REC*, (1930). Dicho artículo lo transcribimos en pág. 281.

pañía de un seminarista de Puerto Rico, a quien había invitado unos días a visitarlo a su Diócesis. Era un gesto más de su abertura a lo internacional, para oír y aprender, para hablar y enseñar.

El joven universitario personificaba la juventud, la esperanza, el futuro; su calidad de seminarista, la doctrina, el estudio.

Monseñor Bernardino Piñera —su ex discípulo en la Universidad Católica, sucesor en la asesoría de la Acción Católica de Chile y Obispo Auxiliar— se refiere a él en un sermón después de su muerte en estos términos:

“Sabemos los caminos por donde lo llevaron a través del mundo su clara inteligencia, su asombrosa actividad, su maravilloso don de la amistad. No hubo en el mundo un aeropuerto donde un grupo entusiasta de sus amigos, de alumnos, de dirigentes o inspirados por él, no esperaran un día a Don Manuel. No hubo ciudad de América o en Europa donde no diera él alguna conferencia, adonde no celebrara alguna reunión, y donde él no fuera el centro, al menos afectivo o inspirador para todos los presentes.

En la Iglesia universal era conocido, y más aún, querido como un amigo. En EE.UU., Bishop Larraín, era nombrado como si hubiera pertenecido a la Jerarquía de aquel país. El Episcopado francés le comunicaba todos sus acuerdos como a uno de ellos. En Italia se identificaba gracias a su agilidad latina y a su dominio perfecto de la lengua, con el mundo católico romano. Y para qué decir en América Latina. Yo que tantas veces anduve en sus pisadas, estoy oyendo las exclamaciones desoladas o incrédulas, los sollozos mal contenidos de sus amigos tan queridos de Buenos Aires o de Quito, de Lima o de Recife, de Bogotá o de Asunción”.

“La vida del hombre sobre la tierra es una milicia”

Apóstol auténtico, conjugaba Don Manuel la oración y la meditación con la acción casi febril.

Llamaba la atención en Roma cómo, mientras jóvenes seminaristas o sacerdotes llegaban de sus países agobiados por el cansancio del largo viaje, Don Manuel después de un fugaz descanso, reiniciaba una agotadora labor, con renovado vigor.

Su ascendencia vasca se proyectaba en su carácter fuerte y tenaz. Alegre y optimista por temperamento, no buscaba el conflicto por el conflicto, pero tampoco lo rehuía, cuando la verdad y el bien de la Iglesia lo ocasionaban.

Se sabía “evangelizador”, es decir, mensajero de una buena noticia de salvación, pero que no siempre ni a todos aparecía como tal y que, muchas veces, dejaba a descubierto el mal hasta entonces oculto.

En este sentido, su palabra y los gestos, que la encarnaban, fueron frecuentemente “piedra de toque”. Lo sabía, pero también sabía y pro-

curaba ser consecuente con la palabra de san Pablo: "la Palabra de Dios no puede estar amarrada".

Actuaba, por una parte, con la seguridad de que todo dependía de Dios y, por otra, poniendo todo su esfuerzo en lo que hacía, como si todo dependiera de él, haciendo suya, una vez más, la recomendación de san Ignacio.

Cuando describe el alma apostólica de aquel otro gran Obispo que fue Mons. Juan Subercaseaux, en el décimo aniversario de su muerte, parece estar describiendo su propio ideal, elocuentemente vivido:

"Era el buen 'soldado de Cristo Jesús', de quien habla el Apóstol, el que ahí reposaba, el que como su Maestro, 'amó a la Iglesia y se entregó por ella', el que le consagró las mejores energías de su vida, para encontrar la muerte en su servicio y el que después de haber 'peleado el buen combate' iba, pleno de humildad a recoger la eterna corona de manos de su Señor" (3).

"Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros"

Su gran arma fue, sin duda, la palabra.

En la predicación el día de las Bodas de Oro del Cardenal Caro, nos dice su honda convicción:

"Para cumplir su misión de renovación espiritual del mundo, el Obispo es, en primer lugar, Maestro y Doctor de la verdad". Y más adelante:

"El día de su consagración episcopal, la Iglesia pronuncia sobre la cabeza del nuevo ungido esta sublime plegaria: 'que ame la verdad y que no la abandone jamás ni bajo el imperio de la alabanza o del temor'. Su voz debe despertar en los oídos humanos ecos divinos y poseer su palabra vibraciones de eternidad.

Nada necesita tanto el mundo de hoy como el sentido augusto de la predicación sacerdotal. De la docilidad a esa voz depende el que encuentre su camino, en el cerrar sus oídos a ella está la fuente de su perdición.

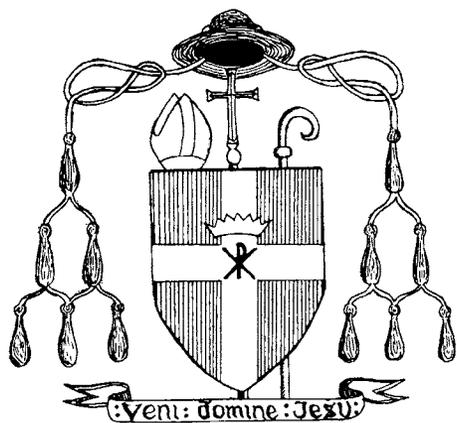
Los labios del sacerdote se entreabren sobre un mundo obscurecido para anunciar con firmeza todo el Evangelio y sólo el Evangelio..." (4).

Y es para preguntarse: ¿qué fue la vida de Monseñor Larraín, sino vivir esta convicción constantemente?

Permítasenos, una vez más traer al recuerdo las palabras del ex Obispo de Talca que, si bien las dijo refiriéndose a Mons. Subercaseaux, lo reflejan a él admirablemente:

(3) Publicamos íntegra tal predicación en la pág. 354.

(4) El texto completo se encuentra en pág. 338.



*Escudo y divisa episcopal:
"Ven, Señor Jesús"*



Medalla de la Legión de María, por ambos lados. Colgó del pecho de Manuel Larrain, en sus tiempos de Colegio. La conserva su hermana Regina

“Heraldo de la Verdad, la anunció sin descanso y sin limitaciones y sobre todo evangelizó el ‘misterio escondido’ desde el comienzo de los siglos en Dios: su Iglesia”.

Fue “servidor de la Palabra” en las más diferentes formas: en la predicación llena de unción y en la polémica pública; en el Retiro espiritual en medio del silencio y en el solemne discurso en un acontecimiento trascendental; en la palabra afectuosa y sencilla de una conversación privada y en el artículo escrito. Como dijo alguien el día de sus funerales “supo ser Don Manuel y Monseñor Larraín...”.

Respetó su cargo y el ministerio de la Palabra hasta el extremo, cuidando todos sus aspectos, desde la calidad de los micrófonos y su buen estado hasta la dicción. Pero la Palabra que predicó no fue la suya, sino la de Cristo y de la Iglesia.

El legado de Mons. Larraín

Hemos bosquejado solamente algunos perfiles de la personalidad de Mons. Larraín.

El “Testamento pastoral” que nos dejara es tan sólo un resumen de la totalidad de su legado espiritual.

Su voz, potente y clara, resonó alto durante su vida y muchos, muchísimos la pudieron oír.

Se identificó plenamente con su diócesis de Talca. Para ella fue consagrado obispo y en ella murió después de ser su pastor durante 28 años. Pero su voz trascendió Talca.

Se identificó igualmente con su país, con el que se sentía y estaba vinculado por tantos lazos. Parientes suyos habían sido obispos, presidentes de la República y casi no había campo de la vida nacional en que no se hubiere hecho presente algún familiar. Sin embargo, ni sus amplias fronteras fueron capaces de contenerlo.

Hizo plenamente suyas las esperanzas y los problemas de la Iglesia y de los pueblos de América Latina, de cuyo Consejo Episcopal —CELAM— fue uno de los fundadores, varias veces su Vice-Presidente y también su Presidente. Pero, tampoco este continente encerró su voz.

Y la oyeron los más altos representantes de la Acción Católica del mundo entero en los Congresos mundiales del apostolado laico, celebrados en Roma. Y también los sacerdotes y seminaristas de todos los países de América Latina fueron sus auditores en la conmemoración del Centenario del Colegio Pío Latino de Roma. Y los Padres del Concilio reunidos alrededor del Papa también lo escucharon.

Patrimonio de todos fue, pues, su palabra oral en vida; patrimonio de todos debe ser también su palabra escrita, después de su partida.

Pero si el respeto a su legado escrito nos insta a poner a disposición de todos su palabra, nos obliga también a publicar todos sus escritos: no sólo los de claro contenido social, ni tampoco sólo aquéllos en que no aparecen temas sociales; no sólo aquéllos en que proyecta la luz de Cristo al quehacer político, ni tampoco sólo aquéllos en que no proyecta la existencia cristiana al plano político; no sólo aquéllos que hablan al laico ni sólo aquéllos que hablan al sacerdote.

Un segundo deber que se nos impone es el de no mutilar los escritos. Se trata de que hable Don Manuel, no nosotros. Hay que entender todas sus afirmaciones en el contexto en que él las formuló, no en el que nosotros le demos, o fuera de contexto.

Si estas normas de respeto, que nacen del amor a la verdad, han de observarse en la lectura de cualquier autor, ellas han de ser tenidas en cuenta particularmente en el caso que nos ocupa. Por una parte, en efecto, no parece exagerado afirmar que Mons. Larraín es imprescindible "lugar de referencia" de todo esfuerzo serio para comprender a la Iglesia en Chile y en América Latina en este siglo; por otro lado, las polémicas que suscitó su definida personalidad se comprenden mejor si son reexaminadas a la luz de la totalidad de su pensamiento.

Nos parece lo más honrado, por otra parte, el poner a disposición de quienes discreparon parcial o totalmente de sus ideas, la totalidad de su pensamiento.

Permítasenos dar una última razón que avala nuestro propósito: la gran diversidad de cauces por los que ellos vieron la luz de la publicidad —reflejo de la multifacética actividad de su autor— hace que lo que es o fue fácilmente accesible a unos no lo sea a otros y vice versa.

Pequeños libros y folletos publicados en diversas editoriales, frecuentemente agotados; Actas del Concilio Vaticano II, todavía no totalmente publicadas; Revistas y Diarios extranjeros, artículos frecuentes en el Diario *La Mañana* de Talca; escritos anteriores a su consagración episcopal y publicados en revistas ya desaparecidas, como REC; circulares sólo mimeografiadas, dirigidas al Clero y fieles de su Diócesis; manuscritos inéditos, incluso de sus tiempos de estudiante secundario, son algunos de los lugares donde se encuentra su pensamiento escrito.

"Nosotros somos sus testigos"

¿Por qué nos atrevimos a emprender la delicada tarea de publicar sus escritos?

Son tantos y tan luminosos los aspectos de su personalidad de hombre, de sacerdote y de obispo, la amplitud de su obra y la riqueza de sus variados escritos, que hay necesidad de muchos para recoger lo que sembró.

Nosotros somos sus testigos.

Lo somos junto a aquella inmensa cantidad de gente que lo oyó, que se apoyó en él, que vio en él un faro.

Es cierto que el testimonio directo de quienes fueron sus ovejas tiene un particular valor para el conocimiento de su personalidad de pastor; pero también lo es que, en el caso de don Manuel, toda su personalidad se volcaba en su palabra y en sus escritos.

Quiso la Providencia que su "legado" espiritual se conservara en importante proporción, para revivir su palabra por parte de unos y para que las generaciones futuras recojan ahí tan autorizada palabra en el futuro.

Nuestro testimonio es, por lo demás, muy parcial, aunque importante: se reduce a sus escritos. Una visión completa y un contacto vivo con don Manuel supone, por cierto, empezar por la lectura de su vida. Otros hay que estuvieron más cerca de él y que tienen autoridad para escribirla.

Como testigos de su vida y de sus escritos, creemos poder decir lo que él dijera en los funerales del P. Alberto Hurtado:

"Si silenciáramos su lección, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria" (5).

Nuestro plan

¿Con qué criterio ordenar y clasificar los escritos?

No ha sido fácil discernir el más adecuado.

La unidad y organicidad del pensamiento de nuestro autor hace que tan pronto esté hablando de la dimensión litúrgica de la vida en un Congreso de Acción Católica Rural, como de la esencia de la catequesis en una jornada de preparación al Año Mariano, o del papel del laico en la Iglesia en una carta al Clero sobre espiritualidad sacerdotal.

Sin embargo, si nos dejamos conducir por los escritos mismos en su conjunto, constatamos en forma bastante clara que la Iglesia es su centro. Si ella fue "el gran amor de su vida", según sus propias palabras, expresadas en su *Testamento Pastoral*, lo es también el centro de sus escritos, expresada en todos ellos.

Porque su alma y su mente eran realmente católicas, es decir, amplias y universales, la totalidad de la luz y de la doctrina de la Iglesia convergían, casi espontáneamente, frente a cualquier realidad, grande o pequeña.

(5) El texto completo de tal predicación se encuentra en pág. 370.

Su mirada, habituada por la meditación a contemplar a la Iglesia en su altura y en su profundidad, en su hanchura y en su longitud, le permitían ubicar cada hecho de la vida de ella en referencia a su totalidad. Este nos parece ser el secreto que conjugaba en sorprendente síntesis el carácter a la vez crítico y estimulante, sugerente y preciso, exigente y liberador de su palabra.

Teniendo, pues, a la Iglesia como centro, para presentar sus escritos, nuestro plan es:

- I. La Iglesia, en su vida íntima;
- II. La Iglesia, en su espiritualidad y en su liturgia;
- III. La Iglesia, en el mundo.

Sea nuestra última palabra, de gratitud para todos aquellos que han hecho posible esta publicación:

—para quienes nos han abierto las puertas del Archivo del Obispado de Talca, dándonos muestras de gran confianza en todo momento;

—para aquellos familiares de Monseñor Larraín que nos han facilitado fotos y manuscritos;

—para quienes han colaborado con su ciencia en la elaboración de las notas;

—para los secretarios que con excepcional abnegación han transcrito y ayudado a ordenar los escritos;

—para quienes nos han ayudado en todo el aspecto gráfico e ilustrativo.

Pienso que todas estas personas son acreedoras no sólo de la gratitud personal, sino de la de todos los lectores beneficiados por su aporte. Que Dios los bendiga.

A handwritten signature in black ink, reading "Pedro de la Noi B." The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature, there are several horizontal, overlapping scribbles that appear to be part of the signature or a decorative flourish.

Pbro. PEDRO DE LA NOI B.
Prof. en la U.C. de Chile

OBSERVACIONES METODOLOGICAS

Los criterios metodológicos con que hemos procedido son los siguientes:

1. Títulos y sub-títulos

En algunos casos hemos cambiado los títulos de los escritos. Lo hemos hecho teniendo en cuenta que:

—frecuentemente éstos no son de Mons. Larrain, sino de quien los publicó (Diario, Revista, etc.), lo que queda de manifiesto porque a veces no hay coincidencia entre ellos;

—a veces éstos son muy genéricos (Ej.: "A mi Clero", "Palabra de gratitud", etc.) y, si bien en el contexto en que fueron escritos fueron orientadores respecto al contenido, no lo son en nuestro contexto;

—en todo caso, se tiene el acceso al original.

En algunas oportunidades, por otra parte, hemos introducido algunos sub-títulos que expliciten más la estructura del escrito, haciéndolo notar en las notas.

2. Procedencia de los escritos

Siempre que los escritos han sido publicados, señalamos su lugar, pero cuando han aparecido en varias partes (p. ej., en "Revista Católica" como artículo y en alguna Editorial como folleto) aludimos sólo a una de ellas.

Si no se hace ninguna referencia significa que su fuente es el Archivo del Obispado de Talca.

3. Homogeneidad

Siendo la presente una publicación unitaria, hemos "homogeneizado" lo más posible todos los escritos en el aspecto formal: numeraciones al interior, ubicación material de las notas, sangrías, siglas.

4. Notas

Las hemos elaborado con el siguiente criterio:

—Ellas básicamente dan sólo datos positivos y no interpretaciones del contenido.

—El lector debe comprender que algunos datos muy familiares al lector chileno o al sudamericano no lo son para el europeo; otros que son obvios para el sacerdote o para el católico, no lo son para el resto. Teniendo esto en cuenta, hemos preferido excedernos en caso de duda.

—Presentamos en un todo las notas de los textos originales y las nuestras, por tratarse fundamentalmente de datos positivos, objetivos. En todo caso, para discernir unas de otras se puede ir a la fuente.

5. Datos biográficos

Los datos biográficos fundamentales aparecen en pág. 493.

6. Siglas

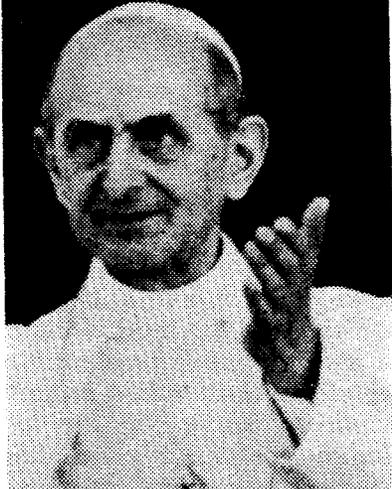
El significado de las siglas se encuentra en pág. 491.



SEGRETERIA DI STATO

N. 303.637

ADHESION DEL PAPA PAULO VI
EN 10º ANIVERSARIO DE LA MUERTE (1)
(22-VI-1976)



“Señor Obispo:

“El Santo Padre ha sabido con viva complacencia, como manifestó de palabra a Vuestra Excelencia, que la diócesis de Talca, y con ella toda la Iglesia en Chile, se prepara a conmemorar el décimo aniversario de la muerte repentina y prematura de Mons. Manuel Larraín que se prodigó ahí, durante más de 27 años, como Pastor solícito. Con este motivo me ha confiado el grato encargo de hacerme intérprete de su paterna participación al piadoso y significativo homenaje.

“La figura de Monseñor Larraín sigue viva en la memoria y en el corazón del Santo Padre, así como de todos cuantos lo trataron en vida y pudieron apreciar su gran personalidad, la finura y simpatía de su trato, su generosa dedicación, su talento vivaz y sobre todo su pasión por la Iglesia. Toda su vida, sus enseñanzas y su ejemplo constituyen una página memorable y emblemática en los anales del catolicismo no sólo en esa Nación, sino también en todo el continente latino-americano. En efecto, como Presidente del CELAM, desde 1964 hasta el momento de su trágica desaparición hace diez años, él vivió intensamente e irradió sabiamente la idea fundamental que dio vida a este organismo, enriquecido por las directrices conciliares, es decir, un servicio y una ayuda a las Conferencias Episcopales de las naciones de América Latina para que la Iglesia del Continente pudiese leer más claramente los signos de los tiempos, responder de manera más cumplida a las apremiantes instancias del pueblo de Dios, y ofrecer más copiosamente a los hombres ese suplemento de alma que brota del evangelio.

“En una frase lapidaria de la Carta a los Efesios, san Pablo sintetiza la vida y la misión de Cristo: ‘dilexit Ecclesiam et tradidit semetip-

(1) La adhesión del Papa a la conmemoración del 10º aniversario de la muerte de Mons. Larraín la concretó mediante la presente carta enviada el 15-VI por el Cardenal Secretario de Estado al actual Obispo de Talca, Mons. Carlos González Cruchaga.

"sum pro ea' (Efes. 5,25); no raras veces la sabia piedad de los fieles ha
"hecho de esta sentencia el epitafio glorioso de insignes pastores de al-
"mas. Leyendo el testamento pastoral de Mons. Larraín no se puede me-
"nos de pensar en tan sublime programa. El, en efecto, amó apasiona-
"damente y enseñó a amar a la Iglesia en la persona del Papa, de los
"Obispos, de los sacerdotes; en su fe, en su culto y en sus sacramentos
"a los que prestó una particular atención en el ejercicio de su misión
"episcopal, haciéndose propulsor también en el plano nacional, del mo-
"vimiento litúrgico; en su pueblo santo, manifestando su predilección por
"las categorías más necesitadas, los pobres, los obreros, los jóvenes; en
"su eterno y siempre actual patrimonio de doctrina, que él predicó incan-
"sablemente, asociando a su acción pastoral a numerosísimos apóstoles
"del clero, de los religiosos y de los seglares por él formados. El honró
"y sirvió a la Iglesia y enseñó a honrarla y a servirla con el ardiente tes-
"timonio de la palabra, la abnegación de un compromiso generoso y sin
"límites, la responsabilidad del sacrificio personal, participando con en-
"tusiasmo en sus alegrías y compartiendo íntimamente sus ansias y su-
"frimientos al verla incomprendida, malentendida, combatida, contesta-
"da y perseguida en su obra de evangelización y de salvación. 'Quiero que
"mi última palabra —escribe en su mensaje final— sea para la Iglesia,
"el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he visto y encontrado a
"Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte
"como supremo holocausto por ella'.

"En su Encíclica 'Populorum Progressio' el Santo Padre se refirió
"a una carta pastoral de Monseñor Larraín (AAS Vol. LIX - p. 273, n. 32
"nota 33) sobre el desarrollo y la paz. Aunque muchas situaciones han
"cambiado durante estos últimos años en la Iglesia y en el mundo, el
"pensamiento del llorado Prelado permanece como una fuente de genuina
"inspiración para la actividad social de los cristianos, que fue una de las
"constantes preocupaciones de su ministerio y que tal permanece ya que,
"por encima de situaciones y vicisitudes contingentes que lo inspiraron,
"brota de un auténtico sensus Ecclesiae, reconocible incluso cuando su
"discurso asume las vibraciones existenciales del momento. En efecto,
"para él, los cristianos —y de manera particular los sacerdotes, los reli-
"giosos y las religiosas— pueden prestar su calificado servicio a los her-
"manos en favor de la promoción humana, de la justicia y de la paz, y
"pueden ser luz del mundo y sal de la tierra sólo si aman y en la medida
"en que amen profundamente a la Iglesia y vivan plenamente su comu-
"nión.

"Aprovecho la presente oportunidad para expresarle, Señor Obis-
"po, el testimonio de mi sincera consideración y devota estima en Cristo".

+ J. Card. Villot

LA IGLESIA EN SU VIDA INTIMA

TOMO I

I.

LA IGLESIA EN SU MISION

TESTAMENTO PASTORAL (1)

Al Clero y Fieles de mi Diócesis de Talca:

Os dejo en estas líneas mi testamento pastoral, ellas os hablarán después de mi muerte, mis supremos anhelos, mis paternas consejos.

Muero en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, a la que he tratado siempre de servir. Renuevo mi adhesión plena al Romano Pontífice, Vicario de Cristo y a las enseñanzas, leyes y disposiciones de la Santa Sede que he procurado fielmente cumplir. Quiero que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. En ella he vivido y he encontrado a Cristo. Por ella únicamente he trabajado y sufrido. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella. "Pro Corpore ejus, quod est Ecclesia" ("Por su cuerpo que es la Iglesia").

Os doy tres recomendaciones. En ellas sintetizo todo lo que quisiera decirlos:

1º Amad la Iglesia. Amad al Papa. Es el "dulce Cristo en la tierra". Quisiera que la Diócesis de Talca, en cuya Catedral se guardan las cenizas de Monseñor Cienfuegos, el primer Embajador de Chile ante la Santa Sede, se destacara siempre por su devoción al Romano Pontífice. "Ubi Petrus ibi Ecclesia". ("Donde está Pedro, allí está la Iglesia").

Amad a vuestro Obispo. No importa quién sea. Es vuestro maestro, vuestro Pontífice y vuestro Pastor. Es el sucesor directo de los Apóstoles. La fidelidad al Obispo es fuerza, gracia y bendición. "Estadle unidos como la cuerda al arco de la cítara". No discutáis sus enseñanzas, no criticéis sus actuaciones, no os alejéis de su acción. "Ipsi enim pervigilant quasi ratione pro animabus vestris reddituri". ("Pues ellos están vigilantes, porque tienen que dar cuenta de vuestras almas").

Amad a vuestros sacerdotes. Son los enviados del Obispo. Los ministros de Dios. Los otros Cristos. Formad alrededor de ellos un rebaño

(1) El "Testamento Pastoral" resume la mente y expresa los grandes móviles del corazón de Monseñor Larraín.

Largamente madurado en la oración, la reflexión, el estudio y la experiencia, fue esbozado ya en 1946 en otra versión, cuyo manuscrito transcribimos en el 2º volumen.

Ha sido ampliamente publicado en los medios de comunicación católicos de Chile. Sirvió de inspiración a la importante homilía que pronunció el Cardenal Silva Henríquez el 22 de junio de 1976 en Talca.

Lo proponemos, por eso, como artículo introductorio a su pensamiento sobre la Iglesia en su vida íntima.

amante y fiel. Respetad su misión. Apreciad sus sacrificios. Sed tolerantes para con las imperfecciones humanas que puedan tener.

Amad a los Seminaristas. Son la esperanza de la Diócesis. Son el futuro de la Iglesia talquina. Son las semillas de evangelización. Enviad vuestros hijos al Seminario. No estorbéis sus vocaciones. Formad un ambiente vocacional. Sin seminaristas no habrá Sacerdotes. Sin Sacerdotes no habrá Sacramentos. Sin Sacramentos no habrá vida cristiana.

Amad las obras de la Iglesia. A través de ellas se ejerce su misión pastoral. Colaborad. No seáis católicos pasivos. Todo lo que es de la Iglesia debe interesarnos.

2º Defended la Iglesia: Con el testimonio de vuestra vida. El peor enemigo de la Iglesia son los malos católicos. Con el valor de proclamados siempre católicos, "no os avergoncéis del Evangelio de Cristo".

Con la firmeza de vuestros principios. Los principios no se ceden. Defended la Iglesia con la integridad de vuestro pensamiento cristiano. Hay que conocer cada vez más a fondo la verdad que profesamos.

Defendedla con la pureza de vuestras costumbres. "No os dejéis vencer por el mal, sino que venced al mal con el bien". Que el paganismo del ambiente no os contamine. Cerrad la puerta a las lecturas, grabados, conversaciones, espectáculos o modas que degradan vuestra dignidad cristiana.

Defended la Iglesia defendiendo la familia. Todo conspira contra ella. Guardad la fidelidad del amor cristiano. Apreciad el don de los hijos. Educadlos cristianamente. Haced de vuestros hogares un templo y una escuela.

3º Sed misioneros de la Iglesia: La Iglesia es el misterio de Cristo prolongado. Hay que hacerlo llegar a todos. Cada católico ha de ser su apóstol. Hay que irradiar la Iglesia. Amarla y hacerla amar. Vivir su misterio y hacerlo vivir.

Tres cosas quisiera especialmente deciros a este respecto.

Orad con la Iglesia: La oración es la voz de la esposa. Su clamor llega hasta Dios. Trabajad todos, sacerdotes y fieles, para dar a la Liturgia de la Iglesia su lugar en la vida cristiana. Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia. He tratado modestamente de luchar por la vida litúrgica. Quiero que mi última palabra sea para que sigáis adelante en esta empresa: "propter Sion non tacebo et propter Jerusalem non quiescam". ("Por el amor de Sión no callaré y por Jerusalén no descansaré").

Trabajad con la Iglesia: La Acción Católica es la gran necesidad de hoy. Muchos y santos sacerdotes, sí, pero muchos y apostólicos seglares también. Para transformar los ambientes necesitamos apóstoles de ellos. Es la inmensa tarea del laicado católico a que la Iglesia llama a todos, el equipo sacerdote-laico es el equipo apostólico de hoy.

Sufrid con la Iglesia: La Iglesia tiene hoy un sufrimiento especial: el alejamiento de la clase obrera de ella. Hay que hacer que retorne. La

Iglesia tiene su doctrina social. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición. Han creído que hacía política o demagogia.

Ante la majestad de la muerte, afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia; trabajar porque cese "el gran escándalo del siglo XX". Porque la clase obrera retorne al seno de su Madre que les aguarda.

Estos han sido mis tres grandes ideales: la liturgia, la Acción Católica y el Problema Social. En los tres he buscado una sola cosa: servir, amar y trabajar por la Iglesia.

Os dejo como legado el continuar esta tarea.

Cierro este testamento con un perdón, una bendición y una súplica.

Perdono a todos los que me han criticado. Pido al mismo tiempo perdón por si involuntariamente a alguien he ofendido.

Bendigo paternalmente a mis Sacerdotes, Religiosas, Seminaristas y Fieles. El Señor los colme de sus gracias y los haga santos.

Suplico oraciones. Pedid por mí. Yo rogaré siempre por vosotros.

Mi espíritu velará siempre por esta Diócesis amada.

Quiero que mis restos descansen en mi Catedral, en medio de vosotros.

Os aguardo en el cielo a donde, por la misericordia de Dios espero llegar.

Benedictio Dei Omnipotentis † Patris † et Filii † et Spiritus Sancti, descendat super vos et maneat semper.

+ Manuel Larraín E.
Obispo de Talca

TRASCENDENCIA DE LA IGLESIA (1)
(1952)

Sentir con la Iglesia ha sido el tema escogido como central para el Plan de trabajo de la Acción Católica en el presente año.

Y se ha escogido con razón.

La necesidad más urgente para el católico es la de conocer su Iglesia y sentir con ella.

Esto significa, entre otras cosas la posición de la Iglesia ante el mundo actual.

Para ello debemos evitar dos extremos en los cuales fácilmente la visión de la Iglesia puede obscurecerse o perderse: el confusionismo y el separatismo. Ni el identificar la Iglesia con ninguna institución humana, ni el apartarla de los problemas temporales a los cuales debe infundir su espíritu.

Aparente paradoja, que se resuelve pensando en la trascendencia de la Iglesia.

Así como Dios trasciende todas las creaturas, así la Iglesia no se confunde con ninguna de las realidades temporales o humanas que encuentra en el curso de la historia. Ninguna civilización, ningún siglo, ninguna nación, ningún partido, podrían apropiársela.

Los católicos deben por la palabra y por la acción probar esta trascendencia de la Iglesia. Al obrar como católicos, es decir como miembros de la Iglesia, deben demostrar con su actitud que la Iglesia no es propiedad ni de partidos ni de clases determinados, sino la "Católica", es decir, la UNIVERSAL en el tiempo y en el espacio.

Este deber es especialmente urgente en nuestro siglo en que el ritmo de la historia se acelera, en que cambios rápidos, e insospechados antes conmueven las instituciones y las costumbres, y en que, como consecuencia necesaria de estos hechos, las divisiones sociales y políticas se hacen más agudas y violentas.

Un trabajo importante del Cristianismo de nuestro siglo está en desvincular a la Iglesia de solidaridades ficticias con formas sociales pasadas, intereses de clase o estructuras económicas que poco o nada tienen que ver con ella.

Pero aquí, los católicos, deben guardarse de caer en otro confu-sionismo peligroso; para desvincular a la Iglesia de formas de civilización

(1) *Ecclesia*, Santiago de Chile, N° 6, pág. 1-3.



"Manuelito", a los 6 meses

ya pasadas se corre el riesgo de solidarizar con nuevas formas históricas, que, como todo lo humano, están sujetas a la ley inexorable de la caducidad.

Así como la Iglesia no se identifica con el mundo burgués, tampoco puede identificarse con el mundo obrero. Del mismo modo que la Iglesia no se identifica con la derecha económica y social, tampoco puede identificarse con la izquierda.

Si la Iglesia no se siente solidaria con el capitalismo y lo condena en su realización histórica, esto no significa que adhiera ni remotamente a un orden inspirado por el comunismo.

La Iglesia es y debe permanecer libre y trascendente. Ella es el reino de Dios que avanza entre las oscuras aguas de la historia. Su misión supera las civilizaciones, las estructuras humanas, las instituciones, las corrientes de opinión en que los hombres se dividen.

“La figura de este mundo pasa” (2) escribió Pablo de Tarso y la Iglesia tiene metas y promesas de eternidad. Con razón en el siglo XV. S. Hilario de Poitiers (3) escribió que “nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia”.

Cada vez que queremos ligarla a una estructura económica, a una forma histórica, a una clase o a un partido, empequeñecemos y desfiguramos su verdadera fisonomía.

“La Iglesia no tiene por fin el impedir que este mundo pase, sino el santificar un mundo que pasa” (4).

Sentir con la Iglesia es esforzarnos por apartar de ella, todo confusiónismo y toda solaridad que empañe o limite la misión universal y eterna que Cristo le ha asignado.

Pero es necesario, al mismo tiempo, notar que este anhelo de evitar confusión entre la Iglesia y las diversas formas temporales a las cuales los católicos adhieren, no debe desembocar, lo que sería otro error, en una especie de separatismo cristiano, en una ruptura total entre lo espiritual y lo temporal, entre la moral y las técnicas políticas, económicas y sociales, entre la Iglesia y el mundo.

“Lo temporal es una realidad herida que amar con amor redentor... El cristiano debe amar lo temporal como algo que debe ayudarlo a alcanzar a Dios” (5).

El Cristianismo se basa en el Misterio de la Encarnación. El Verbo de Dios se ha humanado y toda la creación ha sido asociada al plan redentor de Jesús.

(2) *1 Co. 7, 31.*

(3) Poitiers S. Hilario de. Nace hacia 315, Orador, Bautizado en el 345. Obispo en 353. Compose el *Tratado de la Sma. Trinidad*. Escribe contra el Emperador. Muere en 367.

(4) Gilson Etienne. Filósofo francés, contemporáneo, especializado en filosofía medieval.

(5) Mouroux J., *Le sens chrétien de l'homme.*

Lo espiritual y lo temporal son diversos, cada uno es autónomo en su propia esfera. Pero no están separados. Lo espiritual debe animar lo temporal. Lo que importa es que cada uno permanezca en la esfera que le es propia.

La Iglesia tiene la misión de orientar lo temporal hacia su finalidad suprema. Ella cumple esta misión, tal como el Señor se la señaló, "dando al César lo que es de César" (6) y reivindicando para Dios lo que es de Dios.

Para ejercer su misión ella tiene un poder espiritual y no temporal. Ella es fermento por el pensamiento y la acción. Ella aporta a la construcción de la ciudad terrestre no sólo la luz de su doctrina y de su moral, sino la fuerza de su Caridad en acto. Y en este terreno las perspectivas que contempla y la finalidad que busca son siempre sobrenaturales. Si condena un régimen económico, político o social, no es tanto en su misma técnica material sino en lo que dice relación con la dignidad de la persona humana y de su destino sobrenatural.

El católico, si quiere vivir la realidad de su Iglesia, tener el sentido de la Iglesia, debe evitar todas las simplificaciones exageradas y todas las imaginaciones que convierten las necesarias distinciones en separaciones.

El olvido o el oscurecimiento de lo que la Iglesia es, lleva a católicos de buena voluntad, pero mal ilustrados a confusiones o a separaciones peligrosas. Unos quieren unir la Iglesia al Partido de sus preferencias, otros quieren considerar la política como totalmente separada de la moral, y lo temporal independiente de lo espiritual. Ambas posiciones son erróneas y ambas nacen del olvido de la trascendencia de la Iglesia y de su misión redentora universal.

Ni confusionismo, ni separatismo. Libertad de la Iglesia y libertad de los cristianos.

El orden temporal y el espiritual debidamente distinguidos, pero también debidamente armonizados.

Sólo así podremos comprender la misión apostólica que el cristianismo debe realizar en nuestro tiempo.

Presente en todas partes, pues nada de lo que es humano le es extraño; permanece, sin embargo, libre. Siente los problemas de su ambiente en el cual vive y actúa, pero trasciende en su acción esos mismos ambientes con los cuales no se hace plenamente solidario.

Paradoja eterna del cristianismo; estar en el mundo y no ser del mundo. Trascendencia de nuestro apostolado que se orienta hacia el reino de Dios e inmanencia del mismo que se realiza en el marco histórico y humano en que el Señor lo ha hecho vivir.

Para ello el cristiano sabe que su acción es eficaz en la medida en que los medios correspondan a su fin. Un orden social inspirado por el cristianismo tiene que lograrse por medios cristianos; es decir, verdaderos, justos, y animados por la Caridad.

(6) Mt. 17, 21.

Todo lo que contradiga a estos medios, hace imposible lograr el fin que se dice pretender.

Tener el sentido de la Iglesia es ni comprometerla con nuestras opiniones y pasiones humanas, ni prescindir de la enseñanza de su magisterio oficial en nuestras soluciones.

Un orden cristiano se hará por medios auténticamente cristianos o no se hará.

Sobre el "barro de la tierra" (7), dice el Génesis, Dios infundió el soplo de vida, y el hombre fue creado.

Sobre las realidades terrestres, la Iglesia sigue infundiendo el mismo soplo de vida divina.

Amemos nuestra Iglesia, donde lo humano sube hasta Dios y donde El desciende hasta el hombre. Y sepamos en ella, ni separar lo humano del soplo divino que sería "extinguir el Espíritu", ni confundir lo humano con lo divino, que sería aprisionar al mismo Espíritu.

Ni confusiones ni separaciones. Libertad de la Iglesia y libertad de los cristianos para ser en medio de este mundo nuevo, los testimonios de Cristo, y los actores que con medios dignos del cristiano construyan la Ciudad futura.

(7) Gn. 2, 7.

EL AMOR DE LA IGLESIA (1)

Amados hijos:

celebramos hoy la fiesta de Pentecostés. Se cumple en ella la promesa de Jesús, de enviar al Espíritu Santo para consumir su obra. Cristo con ello otorga a la humanidad su don más precioso: la Iglesia.

Pentecostés es el nacer de la Iglesia. Desde ese día, Ella tiene un alma que une a los miembros del Cuerpo Místico con su Cabeza, Cristo, pues el Espíritu Santo es el que la anima, la impulsa y la vivifica.

Por eso en esta fiesta del Espíritu Santo, que nos transporta al nacer de la Iglesia, quiero hablaros de un tema que juzgo de especial importancia: *el amor del católico a su Iglesia.*

1) La Iglesia es la familia de los hijos de Dios. Los que siguen a Cristo forman esa familia sobrenatural. La Iglesia es el misterio de la

(1) Carta pastoral de Mons. Larraín, Obispo de Talca y Administrador apostólico de Linares, al clero y fieles de sus diócesis.

Redención que avanza en el tiempo. En la Iglesia y por ella, participamos del misterio de la Redención. Amar a Cristo es amar a la iglesia. La tradición cristiana nos expresa esa verdad por boca de san Cipriano en su tratado *"de Unitate"*: "No puede tener a Dios como Padre, dice, quien no tiene a la iglesia como Madre". Pretender separar a Cristo de su Iglesia, es desconocer el misterio de la Redención. Cristo vino a salvar a los hombres. A instaurar una nueva humanidad. A conducir al Padre la familia de los hijos de Dios. A establecer un reino de gracia y de vida divina. Esa misión El la confió a su Iglesia. Por ella los hombres se reúnen en la comunidad cristiana para alcanzar la salvación.

2) Esa Iglesia fundada por Cristo, se encuentra establecida por designio divino sobre la Jerarquía, palabra que significa "orden sagrado". La Jerarquía ha sido enviada por Cristo a continuar su obra: "Como el Padre me envió, así yo os envió" (2). Todo miembro de la Jerarquía es, como san Pablo dice: "un Embajador de Cristo". Quien ama a Cristo, ama a la iglesia. Quien ama a la iglesia, ama y respeta a su Jerarquía. Jesús le transmitió sus poderes. Es a los Apóstoles y a sus Sucesores, a quienes Cristo dice: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra... Id y predicad... bautizad... Enseñad a cumplir lo que os he mandado" (3). La Jerarquía tiene el mandato expreso de Cristo, el poder de enseñar, de santificar y de dirigir. La Jerarquía es ante todo el Papa, Vicario de Cristo, sucesor de S. Pedro, primado de la Iglesia, sobre el cual todo el edificio sobrenatural se afirma y consolida.

Amar a la iglesia es amar al Papa. Es oír su palabra, cumplir sus mandatos, seguir sus consejos, ser dócil a sus directivas, respetar a su Representante. Donde está Pedro ahí está la Iglesia (4), y donde está la Iglesia, ahí está el Espíritu de Dios". La Jerarquía son sus Obispos. Amar a la Iglesia es amar a los Obispos.

"Son los sucesores directos de los Apóstoles, dice el Código de Derecho Canónico, y por institución divina están colocados a la cabeza de las Iglesias particulares que gobiernan con poder y ordenan bajo la autoridad del Pontífice romano" (5).

Han recibido la plenitud del sacerdocio y con ella la triple misión de evangelizar, apacentar y conducir el rebaño espiritual, que como a legítimos pastores les ha sido confiado. El Obispo es sucesor de los Apóstoles. El Episcopado continúa y prolonga el ministerio apostólico.

Amar a la Iglesia es amar al Obispo que rige la Diócesis a que cada uno pertenece. Es posponerse sobre los sentimientos personales y ver en el propio Pastor a aquél que al decir de S. Pablo "vigila y custodia como quien tiene que dar cuenta de nuestra alma" (6).

(2) *Jn.* 20, 21.

(3) *Mt.* 28, 18-19.

(4) Ambrosio, San.

(5) *I. C.* 329.

(6) *Hb.* 12, 17.

Amar a la Iglesia es amar al sacerdote, ministro de Cristo, dispensador de sus gracias y fuente de vida sobrenatural para nuestras almas. Es amar al Párroco, que por mandato del Obispo, guía y apacienta esa comunidad cristiana que constituye la parroquia. Amar a la Iglesia es amar sus congregaciones religiosas que trabajan arduamente en diversos campos por la extensión del Reino de Dios entre los hombres. Amar a la Iglesia es amar la Acción Católica, por la cual los laicos colaboran al apostolado jerárquico y son en el mundo actual simiente fecunda de cristianización de los ambientes. No puede decirse que ama la Iglesia quien no la ama en concreto, y no expresa su amor a ella en la forma en que Cristo mismo la constituyó y ordenó.

3) Pero, preguntarán vosotros ¿es necesario hablar del amor a la Iglesia?, ¿no es algo tan connatural a nuestra vida cristiana, que no puede concebirse un católico que no profesa hacia Ella esos sentimientos? La debilidad de la fe que hoy hace que muchos no vean las realidades invisibles que en el misterio de la Iglesia se encierran, las concepciones no siempre exactas que sobre la misma Iglesia se tienen, y sobre todo, amados hijos, la soberbia humana que gusta de juzgar aún las instituciones religiosas bajo el propio criterio, hace que con frecuencia se produzcan actitudes que revelan un amor muy tibio o muy teórico hacia la Iglesia, y es deber nuestro el corregir tales males. Por eso os hablo.

4) Amar la Iglesia, es además, aceptar gustosos y llenos de veneración las funciones que la Jerarquía desempeña. Los Apóstoles recibieron la misión de enseñar. Cristo resumió su misión en estas palabras: "Para esto he nacido y para esto he venido; a dar testimonio de la verdad" (7). La Jerarquía tiene el poder de magisterio. Hay una Iglesia docente que enseña, el Papa y los Obispos. Hay una Iglesia discente que es enseñada; los fieles.

"Los que son llamados a enseñar, dice Pío XII, ejercen en la Iglesia el oficio de maestros no en su nombre propio, ni a título de ciencia teológica, sino en virtud de la misión que han recibido del magisterio legítimo" (9).

Este magisterio tiene un doble aspecto: guardar intacto el depósito de la fe y transmitirlo a los fieles. La Jerarquía, el Papa y los Obispos, son los custodios de la verdad. Los fieles tienen ante esta misión un deber: ser dóciles a las advertencias que muchas veces los pastores deben dar, y no invadir el campo de los legítimos maestros constituyéndose ellos en jueces de sus propios hermanos en la fe. Es fácil encontrar católicos que sin ciencia teológica, ni misión divina dictaminan y anatematizan en materias que corresponden a los Obispos, que al decir de la Sgda. Escritura

(7) *Jn.* 20, 21.

(8) 31 de mayo, 1954.

(9) *Hch.* 20, 28.

“han sido puestos por el Espíritu Santo a regir la Iglesia de Dios” (9). El Código Canónico, resume en estas palabras esa función:

“Los Obispos son, bajo la autoridad del Romano Pontífice, los verdaderos doctores y maestros de los fieles confiados a sus cuidados”.

Amar la Iglesia es recibir toda la enseñanza que de ella viene. La que nos da sobre el dogma y sus aplicaciones en la vida. La que nos imparte sobre la moral y sobre las reglas de conducta que de ella se derivan. La que nos da sobre los problemas sociales y su solución justa y cristiana en nuestra patria y en el mundo.

¡Cuántas veces, amados hijos, vemos aún en el campo católico negar a la Iglesia su competencia en estas materias! Parece que hubieran olvidado las palabras de Su Santidad Pío XII el 29 de abril de 1945, quien decía: “La doctrina social es clara en todos sus aspectos, es obligatoria, nadie puede apartarse de ella sin peligro para la fe y para el orden moral”. Amar la Iglesia es comprender la función santificadora que ella realiza entre nosotros. No ver sólo su aspecto interno sino mirar cada una de sus acciones como otros tantos gestos que continúan el sacerdocio eterno de Cristo. Es amar y venerar al sacerdote que realiza, no por méritos propios, la función sublime de distribuir la gracia de Cristo a nuestras almas. El episcopado y clero necesitan para cumplir su misión, del respeto y filial colaboración de los fieles. La descristianización de un pueblo se mide por la mayor o menor estimación y afecto con que rodea a sus sacerdotes. Amar la iglesia es amar su liturgia, participar a su oración oficial, seguirla a través del año eclesiástico en los diversos sentimientos que la inspiran y en la renovación viviente del misterio de Cristo que continúa. Amar la Iglesia es amar las instituciones y obras apostólicas que ella impulsa. El católico no es un miembro pasivo en la Iglesia; tiene en Ella una función apostólica activa. Desinteresarse de ésta, es como desertar de la gran empresa apostólica que Cristo le ha confiado. Hay católicos que prestan su actividad y colaboración a diversas obras neutras y la niegan a las obras de la Iglesia.

La Acción Católica, las obras educacionales, la caridad a los necesitados; las instituciones económico-sociales que la Iglesia promueve, han de encontrar de parte del católico una asidua, constante y efectiva cooperación. Si no se interesan por las obras de la Iglesia, si jamás cooperan en ninguna forma a ellas ¿cómo pueden decir que aman a esa Iglesia?

Hay, amados fieles, en este campo cosas muy tristes que decir y que revelan que muchos católicos sólo se acuerdan de la Iglesia cuando necesitan sus servicios, pero no la sirven y la aman con el interés y solicitud que un buen hijo tiene para con su Madre.

5) Amar la Iglesia, es amar los miembros que la componen: nuestros hermanos en la fe y en la gracia. No juzgar sus intenciones. Respetar

(10) I. C. 1326.

sus propias opiniones en tantas materias en que a los católicos les es lícito discrepar. Permanecer unidos en la caridad. La unión de los miembros de la Iglesia fue la suprema plegaria de Cristo antes de dejar la tierra: "que sean uno, así como tú, Padre y yo, somos uno" (11). Pero esa unión que Cristo implora, admite la diversidad. No es lícito pretender que en materias opinables exista unidad, y menos aún es lícita en nombre de esa pretendida unidad faltar a lo que constituye la base de la verdadera unidad: el respeto a la opinión ajena y el fraterno afecto que, más allá de las opiniones personales, debe a todos estrecharnos en una misma familia espiritual. "Uno es el Señor, una es la fe, uno es el Bautismo" (12). Hay una caridad que es necesaria en la fe y defensa de la Iglesia. Hay una diversidad que es permitida en las materias contingentes, opinables y temporales. Hay una caridad que es obligatoria para todos nuestros hermanos y para todas sus actividades.

6) Amar la Iglesia es amarla íntegra en su desarrollo histórico; en su pasado que nos da el sentido auténtico de su tradición, en su presente que nos da el sentido de su historia, en su destino definitivo al final de los tiempos, que nos da la verdadera medida de su acción. "Cristo ayer, hoy y en los siglos" (13), dice el Apóstol Pablo. Igual cosa hemos de repetir de la Iglesia, que es la continuadora de Cristo. La Iglesia de ayer, es la de las catacumbas y el martirio, la de los grandes expositores de la verdad, la del crecer a través de todo el orbe conocido. Es la Iglesia que no se abraza al Imperio Romano que cae y va al encuentro del mundo bárbaro para darle su Evangelio y enseñarlo a "adorar lo que han quemado y a quemar lo que han adorado". Es la Iglesia de las Catedrales medioevales, de las Sumas Teológicas, la de Tomás de Aquino y del Dante. Pero es también la Iglesia del Renacimiento que sabe comprender las vueltas de la historia y darle un alma a una nueva edad que nace.

Es la Iglesia que enfrenta al mundo moderno para comprender sus inquietudes, sentir sus dolores y remediar sus males. Es la Iglesia que comprende el progreso técnico y le da el suplemento de alma que necesita. Es la Iglesia que ante dos concepciones materialistas de la economía y de la sociedad, le da su ordenación justa y cristiana en sus Encíclicas sociales. Es la Iglesia, que ante un mundo nuevo que nace, quiere darle la inspiración eterna del Evangelio. La Iglesia eterna. Es la que mira la historia que pasa y ve que ella va trazando el plan definitivo de Dios. Es la Iglesia proyectada hacia el fin de los tiempos. Es la Iglesia del Reino de Dios, que avanza hacia su realización definitiva: la venida del Hijo de Dios en el "día del Señor". Amar la Iglesia es amar su historia pasada, presente y futura. Es, no refugiarse en la nostalgia de algún tiempo ideal que nunca ha existido, sino en la realidad en que Cristo mismo la constituyó; Iglesia de Cristo, animada de su Espíritu, pero formada por hombres. Con toda la fuerza y santidad de Dios, y con todas las limitaciones

(11) *Jn.* 17, 17 .

(12) *Ef.* 4, 5.

(13) *Hb.* 13, 8.

que el elemento humano lleva consigo. Es la Iglesia que no se liga a lo pasajero y caduco y no se abraza a otro cadáver que el de Cristo, la que siente siempre como consigna suprema la palabra del Maestro "Duc in altum" (14), avanza mar adentro y mientras "pasa la figura de este mundo" (15), ella camina en el tiempo hacia la eternidad.

7) Amar la Iglesia, es amarla en sus Santos y en sus héroes que alcanzan el ideal que Cristo les traza, y amarla en sus pecadores, que entre miseria y caídas buscan sin embargo la meta definitiva de Dios. Hay quienes sueñan en una Iglesia totalmente espiritual, lo que sólo sucederá al final de los tiempos, y se escandalizan farisaicamente ante las deficiencias humanas que en ella existen. Hay quienes alientan una posición de continua crítica hacia la Iglesia, a veces fundada y muchísimas otras injusta, y se olvidan que precisamente son las mismas miserias humanas las que mejor hacen resaltar su fisonomía divina. La Iglesia fue anunciada en el Evangelio como la red que es echada al mar y congrega a toda clase de peces, buenos y malos, pero que al llegar a la otra ribera, se hizo la debida separación.

8) Amar la Iglesia es no apartarla de su fin de salvadora de la humanidad. Eso significa servir a la Iglesia y no servirse de Ella. No quererla reducir a nuestras concepciones estrechas, a nuestros intereses mezquinos, a nuestras ambiciones temporales. Recuerden que como Cristo dijera de sí mismo, "el Hijo del Hombre no ha venido a condenar al mundo sino a que el mundo sea salvado por él" (16), así la Iglesia ha sido colocada para salvar "la oveja que había perecido de la Casa de Israel" porque "habrá más alegría en el Reino de los cielos por el pecador que se convierte, que por los 99 justos que perseveran" (17). Amar la Iglesia no es tratar de arrojar de ella a los que le pertenecen, ni cerrarle la puerta a los que están fuera, sino acordarnos que la Iglesia es Madre y que sus brazos están siempre abiertos para acoger a toda la humanidad. Y porque su misión tiene la misma amplitud que la de Cristo, amar la Iglesia es amar a todos los hombres para llevarlos por medio de ella hasta Dios. Hermosamente lo decía hace poco el gran Arzobispo de Milán, Mons. Montini (18):

"Amaremos a los que están junto a nosotros y amaremos a los que están alejados. Amaremos a nuestra patria y amaremos la de los demás. Amaremos a nuestros amigos y amaremos a nuestros enemigos. Amaremos a los católicos y amaremos a los cismáticos, a los protestantes, a los anglicanos, a los indiferentes, a los musulmanes, a los paganos y a los ateos. Amaremos a todas las clases sociales, pero sobre todo a las que tienen más necesidad de ayuda, de socorro, de promoción. Amaremos a los niños y a los ancianos, a los

(14) tr.: "Conduce mar adentro".

(15) *1 Co.* 7, 31.

(16) *Jn.* 3, 17.

(17) *Lc.* 15, 7.

(18) Futuro Pablo VI.

pobres y a los enfermos. Amaremos a aquellos que se burlan de nosotros, a los que nos desprecian, a los que están contra nosotros y nos persiguen. Amaremos a los que merecen ser amados y a los que no lo merecen. Amaremos a nuestros adversarios; son hombres y no queremos tener a nadie como enemigo. Amaremos nuestra época, nuestra civilización, nuestra técnica, nuestro arte, nuestro deporte, nuestro mundo. Amaremos, esforzándonos por comprender, compadecer, estimar, servir, sufrir. Amaremos con el corazón de Cristo: "Venid a Mí, todos..." (19). Amaremos con la plenitud de Dios: "así amó Dios al mundo..."(20).

9) Amar la Iglesia es amarla en sus tribulaciones y combates. Hay una Iglesia del "silencio" que sufre tras la cortina de hierro y de bambú. Sepamos ofrecer a nuestros hermanos perseguidos el homenaje de nuestra comprensión afectuosa y fraternal. Hay una lucha sorda que trata de eliminar la acción de la Iglesia de todas las actividades humanas, comenzando por la educación y el hogar. Sepamos ser apóstoles para llevar a los diversos ambientes el mensaje y la presencia redentora de la Iglesia. Hay un paganismo del vivir, un desprecio práctico de la moral cristiana, una condescendencia con el mal que aún en ambientes llamados cristianos va imperceptiblemente penetrando. Sepamos ser testigos de lo que el nombre de católico significa y dar con nuestra vida el testimonio del estilo auténtico cristiano del vivir que la Iglesia nos impone.

Amados hijos, muchas cosas más podría deciros en este día de Pentecostés sobre el amor que debemos a la Iglesia, pero el tiempo no lo permite. Quiero terminar con tres consejos paternales: conoced la Iglesia, su verdadera fisonomía, su misión redentora, su constitución divina, sus obras, su expansión misionera apostólica, sus anhelos, su finalidad sublime. Amad la Iglesia, su Jerarquía, sus fieles, sus inquietudes apostólicas, su influencia misionera. La falta del sentido jerárquico es el más grave mal que hoy sufrimos. La crítica, la independencia o la falta de respeto a la Jerarquía, son signos inequívocos de no amar a la Iglesia y de no observar hacia ella la conducta que distingue al buen católico del que no lo es. Para los Apóstoles y sus sucesores, los Obispos, fueron dichas las palabras de Jesús: "Quien a vosotros oye a mí me oye; quien a vosotros desprecia a mí me desprecia. Quien me desprecia a mí, desprecia a aquél que me envió" (21). Servid a la iglesia participando a su apostolado, colaborando y manteniendo sus obras, siendo miembros activos de la comunidad parroquial.

Conocer la Iglesia es penetrar en el plan salvador de Dios. Amar a la Iglesia es amar a Cristo y su obra. Servir la Iglesia es trabajar por el reino de Dios entre los hombres. Que esta festividad de Pentecostés os haga crecer en el amor a la Iglesia es el voto que paternalmente formula vuestro Obispo, que os bendice de corazón en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(19) *Mt.* 11, 28.

(20) *Jn.* 3, 16.

(21) *Lc.* 10, 16-17.

CARACTERISTICAS DE UNA CATEQUESIS MISIONERA (1) (1961)

I. Fuentes bíblicas

Catequesis y misión. Dos conceptos que, para señalar sus características fundamentales, es necesario remontarse hacia sus fuentes.

A la luz de la revelación vemos la riqueza divina que estas dos palabras encierran.

El recuerdo, aunque breve de su origen, nos dará su sentido profundo y las líneas fundamentales que deben orientar nuestro trabajo.

El anuncio y la preparación de la misión divina preside la economía del Antiguo Testamento. Todo él se orienta hacia la instauración del reino mesiánico, la expectación "del que ha de venir" (2), la llegada "del día del Señor" (3).

"La plenitud de los tiempos" (4) y con ella la divina misión de Cristo encuentra su prueba más alta en "que a los pobres se les anuncia la Buena Nueva" (5).

La vida de Cristo, en consecuencia, puede resumirse en dos palabras: Evangelio — Kerigma — La proclamación de la Buena Nueva.

Jesús mismo es la Buena Nueva. En él las profesías se cumplen, las figuras desaparecen, el reino de Dios comienza. El mismo lo proclama en su primera predicación: "hodie impleta est haec scriptura" (6). Hoy, en la Sinagoga de Nazareth, la profecía de Isaías se ha convertido en realidad.

La vida pública se inicia, y con ella los fundamentos del reino. La elección de los Doce tiene como finalidad primera la misión. Son los "enviados" a proclamar "la palabra de salvación".

Después de la Resurrección, los apóstoles recibirán la misión definitiva, que es la consagración de la primera.

Pero esa misión añadirá una nueva nota: su universalidad. Esta será triple: universalidad del mensaje, del tiempo y de la historia. Porque la

(1) Extraído de *Pastoral Popular*, (64), p. 3-17.

(2) *Ap.* 1, 4.

(3) *1 Co.* 3, 13.

(4) *Gá.* 4, 4.

(5) *Lc.* 7, 22.

(6) "Esta Escritura, . . . , se ha cumplido hoy". *Lc.* 4, 21.

primitiva Iglesia tiene la conciencia de esa misión universal, su nota dominante, será la de una comunidad vibrante en la esperanza.

La predicación primera de los Apóstoles será como “las grandes epifanías” del reino de Dios.

La misión de anunciar el reino de Dios tiene una respuesta en los que reciben esa palabra: la fe.

Crear es adherir totalmente a Cristo.

La fe es la linfa vital de la cual se nutre el justo.

Esa fe es la base de la comunidad primera. La “Ecclesia”, es la asamblea de los creyentes.

Pero una segunda etapa se presenta después que el kerigma ha transmitido la fe: la *catequesis* que debe consolidar esa misma fe. El creyente pasa a ser un *catecúmeno*. La catequesis, en su concepto tradicional de 16 siglos, es una educación religiosa sobrenatural.

De este modo, catequesis y misión son dos conceptos que en su origen bíblico e histórico se entrelazan en tal forma, que el mencionar una evoca necesariamente el pensamiento de la otra.

Es en esa unión y correlación donde la catequesis alcanza su sentido dinámico y su real dimensión eclesial.

La catequesis misionera se inscribe así en el corazón mismo de la vida de la Iglesia.

Ella representa hoy, como ayer, el encuentro del Cristianismo con cada generación y con cada vuelta de la historia. En ella principalmente se coordinan y armonizan el movimiento de la historia y el avanzar del reino de Dios. Por ella, en modo especial, encuentra complemento la palabra del Maestro: “El Hijo del Hombre no ha venido a juzgar al mundo, sino a que el mundo sea salvado por él” (7).

II. Características

A la luz de las fuentes bíblicas e históricas examinemos las características de una catequesis misionera. Podemos resumirlas en tres:

- 1) concentración en lo esencial;
- 2) dinamismo vital;
- 3) método adaptado y atrayente.

Hablaremos algo de cada una de ellas.

(7) *Jn. 3, 17.*

1. *Concentración en lo esencial*

La catequesis misionera tiene como fin echar las bases de una vida nueva.

Es el pensamiento que constantemente vemos aparecer en la catequesis paulina. "Hijitos míos, a quienes yo doy a luz en el dolor hasta que Cristo sea formado en vosotros" (8).

Ese "donec formetur Christus in vobis" es la meta de la pedagogía sobrenatural del Apóstol.

Es ciertamente el fin último de la catequesis; la formación de Cristo en el hombre.

"El verdadero cristiano, fruto de la educación cristiana, dice la Encíclica *Divini Illius Magistri*, es el hombre sobrenatural que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo" (9).

La iniciación cristiana es determinante, tanto en la conducta individual del catecúmeno, cuanto en el arraigamiento del mensaje en el sitio o ambiente que se evangeliza.

La primera instrucción cristiana debe tener una riqueza y solidez tales que aseguren la conservación de su vitalidad inicial y le haga posible superar los elementos adversos que encuentra en su expansión y desarrollo.

Esto exige una visión muy clara de la tarea evangelizadora que permita distinguir lo esencial de lo accidental del mensaje, que ponga de relieve las verdades fundamentales de la enseñanza religiosa, y que señale la íntima cohesión y unidad que existe entre ellas.

Es triste ver cómo frecuentemente se entrega al catequizando, sin discriminaciones en la jerarquía de valores, verdades fundamentales de la revelación pública juntamente con revelaciones privadas, prácticas esenciales del cristianismo mezcladas con devociones laudables, pero no determinantes de la vida cristiana, el gran sentido cristológico de los tiempos litúrgicos, ahogado en un diluvio de devociones privadas, narraciones bíblicas de hechos secundarios, puestos en el mismo relieve e importancia que el drama maravilloso del misterio redentor.

Hay una obra titulada "Los árboles no dejan ver el bosque". Más de una vez me he preguntado si deberíamos poner el mismo título a muchas de nuestras catequesis.

El problema de la perseverancia de nuestros catecúmenos, y de la vitalidad o decadencia de muchas cristiandades, se encuentra íntimamente relacionado con el problema de saber dar lo esencial en la catequesis primera.

Para realizar esta tarea, es importante además, no mezclar lo discutible con las materias de la fe, y saber, tal como lo recuerda y reco-

(8) *Gá. 4, 9.*

(9) *Enc. Div. Ill. Mag.*

mienda la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, distinguir los diversos géneros literarios en la interpretación de la Biblia.

Como bien dice el P. Colomb:

“Nuestra enseñanza ha de ser progresiva, pero homogénea y de gran precisión teológica, distinguiendo lo cierto de lo incierto, lo esencial de lo accesorio. El respeto de la palabra de Dios nos exige que no representemos como pensamientos divinos nuestras interpretaciones humanas” (10).

De lo dicho se desprende:

a) La iniciación primera no debe ser tanto cuantitativa como cualitativa. Es decir, *lo esencial* de la religión.

b) Esto exige saber presentar las *grandes realidades* de la fe. Mostrarlas no como *fórmulas* de elaboración teológica, sino como un conjunto de *hechos* y *personas* por medio de las cuales se va realizando el plan salvador de Dios.

El Dios que tenemos que dar a conocer es el Dios de Abraham, el Dios de los Profetas, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. El Dios que realiza en el tiempo la historia de la Salvación.

Hay que conocer la teología pero hay que enseñar la revelación.

c) Esa presentación de las verdades esenciales ha de ser histórica. No es una disquisición metafísica. Es la narración de un hecho del cual toda la Biblia es testimonio.

La revelación divina desde el Génesis hasta el Apocalipsis, es la historia de las grandes obras de Dios con la humanidad: “*magnalia Dei*”.

d) Esta enseñanza primera, precisamente porque insiste en lo esencial, debe poseer en forma muy viva el carácter de *religión revelada*. Es decir, mostrarnos la intervención de Dios en la historia humana, hacernos ver su iniciativa de salvar al hombre, su amor infinito que destina al hombre a la posesión eterna de Dios. En el centro de este plan salvador, hay que destacar la figura de Cristo, alfa y omega de la vida y de la historia de la humanidad.

Es menester evitar el peligro en el cual cayeron numerosos Catecismos de la Contra-Reforma, donde la instrucción adquiere un carácter marcadamente antropocéntrico, y donde la visión del Cristianismo tiene más bien el aspecto de una religión natural con un fuerte acento moralista.

A veces hacemos de la catequesis una cátedra de filosofía o de sociología, olvidando que, si bien estos argumentos no nos están vedados, el fin de la catequesis es más alto y trascendental.

El mundo pagano no se convirtió en el pasado ni se convierte en el presente por la sabiduría de la filosofía, ni por la erudición de la ciencia, sino por la proclamación valiente y entusiasta del misterio de Cristo:

(10) J. Colomb, *Aux sources du Catéchisme*.

“Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; nosotros en cambio, predicamos a Cristo y a Cristo crucificado” (11).

El catequista, junto con vivir la realidad humana del pueblo que evangeliza, ha de aparecer en medio de ellas como el hombre de la trascendencia divina.

e) Por último, la catequesis inicial, junto con concentrarse en lo esencial, debe dar un sentido profundo de *unidad* al mensaje que entrega.

La auténtica catequesis no consiste en verdades inconexas entre sí, sino integradas en un plan armónico y central.

Ese plan de unidad, no está presidido por un orden lógico sino histórico; el desarrollo a través de diversos hechos y personas del designio redentor.

El centro de unidad de ese plan debe ser la figura de Cristo y especialmente los misterios de su muerte y resurrección.

Cristo es el centro del mensaje.

La catequesis en general y muy especialmente la misionera, orienta cada vez más sus esfuerzos en la elección, encadenamiento y valor relativo de las verdades que hay que enseñar (12).

La unidad en Cristo dará al Catecúmeno la visión maravillosa de la gracia divina del mensaje obrando en su propio ser.

Tomará conciencia cómo el viejo fermento de maldad, cede su lugar a la nueva levadura y le hace vivir en toda su intensidad el misterio pascual de la nueva vida a la cual ha renacido.

Esa certidumbre pascual confiada y gozosa, da a su cristianismo la fuerza para enfrentar el ambiente pagano que lo circunda y el entusiasmo para vivirlo en plena autenticidad.

El movimiento misionero basado en una catequesis que se concentra en lo esencial asegura su vitalidad y el ímpetu de expansión que necesita. La historia de ayer y la experiencia de hoy nos enseñan las consecuencias funestas que se siguen para la Iglesia cuando se olvida esta primera característica que hemos tratado de señalar.

2. *Dinamismo vital*

La segunda característica de la catequesis misionera es la de su dinamismo vital.

Una idea central en la Biblia es la “conversión del corazón”, es decir, de la personalidad profunda.

Esa conversión —metanoia— consiste en que el hombre ponga su confianza en Cristo, Salvador y Señor.

(11) 1 Co. 1, 22-23.

(12) J. Hofinger, *L.V.* 1950.

Es el "scio cui credidi" de san Pablo "Sé en quien he puesto mi fe" (13).

Esto exige que nuestra doctrina sea propuesta como un conjunto de *valores* y no sólo como un catálogo de deberes.

Esta es la base del dinamismo vital con que debe entregarse el mensaje.

Una catequesis meramente apologética o predominantemente moralizante, no podrá tener el dinamismo vital que requiere.

Ese dinamismo muestra a Cristo en la cumbre de la historia. Hace sentir que "el reino de Dios está en medio de nosotros" (14), pero que a nosotros corresponde extenderlo y dilatarlo. Da el sentido dinámico de la Iglesia, pueblo de Dios que avanza entre las vicisitudes de la historia.

El cristianismo ha de ser propuesto no como un "deber" del hombre sino como una respuesta amorosa a la iniciativa de Dios. No tan sólo como un sistema de doctrina, sino como una comunión con el Dios vivo, Una vida religiosa en la cual se encuentran la palabra de Dios y la respuesta del hombre.

De esta manera aparece el sentido dialogal del cristianismo, en que Dios interpela y el hombre responde, obedece, decide. Diálogo que es reflejo de otro más profundo, que tiene lugar desde toda eternidad en la interioridad intratrinitaria.

De esto se desprende:

a) Que la enseñanza no puede ser dirigida únicamente a la inteligencia, sino presentada como algo amable que atrae y cautiva nuestro corazón.

Porque el cristianismo es amor, su conocimiento debe llevarnos al amor.

Nadie como san Pablo ha dado en esta materia más ricas y bellas enseñanzas. Porque "vive en la fe del Hijo de Dios" (15), "su vivir es Cristo" (16), y la meta de la vida cristiana que señala es que "haciendo la verdad en la caridad hay que crecer en Aquél que es la Cabeza" (17). Por eso exige con terrible fuerza a sus catecúmenos y neófitos, el amor al Cristo que les predica hasta decirles "que si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo sea para él anatema" (18).

b) La catequesis debe estar en íntimo contacto con la vida.

El cristianismo no es una religión esotérica de iniciados. Es la realización en el tiempo del misterio de la Encarnación; Dios que se hace hombre y que asume integralmente, a excepción del pecado, nuestra realidad humana.

(13) 2 *Tm.* 1, 12.

(14) *Lc.* 18, 21.

(15) *Gá.* 2, 20.

(16) *Flp.* 1, 21.

(17) *Ef.* 4, 15.

(18) 1 *Co.* 16, 22.

A través de la catequesis el cristiano debe ir contemplando el doble dinamismo, de la creación y de la gracia, pensando que el Dios que crea es el mismo Dios que salva.

Ese doble dinamismo debe hacerle amar la vida humana y comprender que es en ella donde elabora su propia perfección.

Hay que cuidarse del maniqueísmo latente a menudo en no pocos educadores cristianos, que presenta lo religioso como opuesto a lo humano, lo temporal contra lo eterno, lo natural adverso a lo sobrenatural.

Sería desconocer lo más hondo del misterio cristiano y hacer estéril el dinamismo de la redención.

La liturgia de Navidad (Domingo Infraoctava), nos habla del "admirabile commercium", describiéndonos con el patetismo de la liturgia, el doble movimiento de Dios que "toma cuerpo de una Virgen" y "nos entrega en cambio su divinidad".

Sólo en ese doble dinamismo de la creación y de la gracia puede convertirse en armonía la tensión que con frecuencia se presenta entre religión y vida.

c) Ese dinamismo vital debe centralizarse en vivir en toda su intensidad el misterio de la Iglesia.

Cristo ha venido a traer una vida nueva. La Iglesia es su dispensadora. Ese sentido vital de la Iglesia es el que pone en los fieles la tensión de la esperanza y enciende la llama de la caridad apostólica.

La catequesis misionera debe dar la conciencia de pertenecer a una Iglesia que crece, a una comunidad dinámica, a un pueblo de Dios que avanza hacia su meta definitiva.

Hay que dar una visión del mundo y de la Iglesia. Mostrar que Cristo entregó a los cristianos el desarrollo de ella. Que la obra apostólica aún no ha sido completada. Que a un mundo moderno sacudido por hondos convulsiones en su estructura hay que afrontarlo misionera y apostólicamente.

Una comunidad cristiana en ambientes no cristianos y desprovista de impulso apostólico, está acusando una catequesis deficiente y trunca, porque el apostolado no es algo agregado a la vida cristiana, sino esa misma vida, vivida en todas sus dimensiones.

d) De un modo especial, ese dinamismo vital de la Iglesia se expresa en su liturgia. Es "la voz de la Esposa", "la asamblea del pueblo de Dios", donde el pueblo cristiano revive el misterio de Cristo que enseña y redime.

"La forma más eficaz de evangelización, ha escrito el P. Jungmann, es la celebración de una fiesta". "Las fiestas cristianas son una profesión de fe de la comunidad que festeja los valores específicamente cristianos" (19).

Aplicando a la liturgia el axioma de la doctrina sacramental cató-

(19) J. Hofinger, *L.V.* Vol. X.

lica "dant quod significant", ella nos hace participantes del misterio que ahí se celebra.

La oración pública de la Iglesia es la expresión más rica de su vitalidad y su participación activa a ella es "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" (20).

¿Comprenderemos ahora por qué muchas de nuestras catequesis sólo logran formar "ex-alumnos" y no los hombres "renacidos en el Espíritu" (21), que viven la maravillosa aventura de su vocación cristiana?

Es en la vida litúrgica donde el cristiano bebe principalmente el dinamismo vital de la Iglesia y su mensaje.

e) A la luz de ese dinamismo vital la catequesis misionera da el sentido cristiano de la historia.

El gran peligro ideológico de hoy, en el cual insensiblemente van cayendo las nuevas generaciones, es el sentido materialista de la historia.

La catequesis misionera debe ir mostrando a través de su desarrollo cómo Dios no está ausente de la historia.

Porque Cristo ha venido, corre como un río invisible a través de la historia humana su presencia. Cristo viene, y en cada acontecimiento hay que aprender a descubrirlo. Cristo vendrá. Hay que dar el sentido escatológico de la historia, abrir los grandes horizontes a la Jerusalén celeste y hacer nacer en los corazones el supremo anhelo de su venida final. "Veni Domine Jesu", Mar-an-atha (22).

Tal es el dinamismo vital que debe caracterizar la catequesis misionera.

3. *La tercera característica de la catequesis misionera ha de ser la de un método adaptado y atrayente.*

Adaptado. Decía el Cardenal Mercier, que "las dos ciencias más útiles al sacerdote son la teología y la sociología; la ciencia de Dios y la ciencia de los hombres".

Si la revelación nos dice cual debe ser el contenido del mensaje, la sociología religiosa a su vez nos da a conocer cual es la mentalidad, el grado de vida religiosa, las tensiones ideológicas, las condiciones materiales de vida de aquéllos a quienes el mensaje va destinado. Catequesis adaptada significa que esté encarnada en la vida de los catequizandos. Es decir, responda a sus problemas, anhelos, inquietudes, etc.

(20) *Inter Pastorales.*

(21) *Jn. 3, 5.*

(22) "¡Ven, Señor Jesús!", *Ap. 22, 20.*

Que sea adaptada a los diferentes ambientes que la reciban; obrero, campesino.

Que sea psicológica, es decir, responda a la mentalidad de los hombres a los cuales se entrega.

Esta adaptación constituye su realismo.

Hay un realismo de la catequesis al cual puede aplicarse lo que el

P. Congar, O.P., decía de la predicación:

“Que trate problemas reales y dé un alimento real a las almas, que se dirija de un modo que sea entendida por un auditorio real compuesto de hombres que tienen responsabilidades concretas en el mundo de los hombres, que sea apta en fin, para producir su fruto en la conciencia y el corazón del hombre que la recibe”.

Esto exige conocer y apreciar los valores no cristianos que se encuentran en ambientes paganos o materializados.

Dice el P. Hofinger: “La trascendencia absoluta del cristianismo no exige en ningún modo que todo sea absurdo y superstición en el paganismo”.

San Pablo habla de la creación que gime en espera de su liberación, y san Agustín nos recuerda el “*anima naturaliter christiana*”.

En medio de realidades naturales, escondidas bajo apariencias materiales, existen raíces cristianas, oportunidades apostólicas, surcos abiertos que esperan la simiente evangélica.

Pablo vio en sueños al macedonio que le decía: “ven en nuestra ayuda”, y sin dilación partió hacia esa tierra ignota. Bajo ropajes paganos y en lengua espiritual desconocida, hay llamados de las almas que el catequista misionero debe saber escuchar. Un rechazo global de todos los valores de una cultura, por no ser abiertamente cristianos, puede significar un grave error del catequista misionero en su obra de evangelización.

Al penetrar en forma más honda en ella, puede quizás exclamar después, como Jacob, “este lugar es sagrado y yo no lo sabía” (23).

Hay muchas piedras que pueden transformarse en “Bethel”.

El Dios que se hizo hombre hace dos mil años, está presente en nuestro siglo veinte y en todos los continentes. Cambia sí la forma de su presencia. Hay que tener un respeto muy hondo por esa presencia escondida y recordar que etimológicamente lo profano —*pro-fanum*—, es lo que está delante del santuario.

La catequesis misionera tiene que inspirarse en una actitud de *diálogo* en vez de una actitud de polémica.

Pablo, en el Areópago, hizo mención, sin condenarlas, de las falsas divinidades que ornaban las plazas de Atenas para predicarles así al Dios desconocido. “*Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis*” (24).

(23) *Gn.* 28, 16.

(24) “Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar”, *Hch.* 17, 23.

Esa actitud de diálogo provoca a la vez el *respeto*.
Es esta la otra condición indispensable de la catequesis misionera.
Respeto a las civilizaciones, culturas, categorías.

De nuevo san Pablo nos adoctrina:

“¿En qué está pues mi mérito? En que al evangelizar lo hago gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización. En que siendo del todo libre, me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley, me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que bajo ella están. Con los que están fuera de la Ley, me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la Ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. Me hago con los flacos flaco, para ganar a los flacos; me hago todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo hago por el Evangelio, para participar en él” (25).

En esta forma la catequesis misionera será *atrayente*.

El catequista aparece no como el hombre que enseña una fría lección que ha estudiado, sino como el testigo que habla de lo que conoce y ama.

No es el representante de un pueblo, de una raza, de una civilización o una clase, es el hombre que anuncia a Aquél en quien cree y ama.
“Hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene (26).

Porque siente su misión su lenguaje será sencillo

“no con palabras persuasivas de humano saber, sino en la manifestación y el poder del Espíritu para que nuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (27).

Lenguaje sencillo que usa palabras adecuadas a la mentalidad del que las recibe, y que cuidadosamente evita emplear términos filosóficos o teológicos.

Pero la sencillez no debe estar sólo en el lenguaje, sino en la actitud que adoptemos. Llena de humildad porque hemos sido hallados dignos de anunciar el Evangelio, de respeto porque estamos ejerciendo el ministerio sublime de transmitir la palabra de Dios, de amor, porque estamos engendrando en la fe nuevos hijos a la Iglesia. Sencillez de actitud como la de la madre que habla a su hijo o el hermano al hermano, y que es expresión del sentido sobrenatural de la misión que cumplimos. Esa sencillez abre el amplio campo de las almas a la catequesis misionera.

(25) *1 Co.* 9, 18-23.

(26) *1 Jn.* 4, 16.

(27) *1 Co.* 2, 3.

III. *La iglesia enfrenta el nacer de una nueva civilización.*

Ninguna civilización nace por sí sola cristiana. La misión de la iglesia es bautizarla.

Eso exige la fidelidad nuestra en transmitir íntegro el mensaje cuya estructura permanente no podemos cambiar.

Las características de una catequesis misionera son expresión de esa estructura.

Al hablar de ellas: concentración en lo esencial, dinamismo vital y método adaptado y atrayente, no hemos pretendido solamente hacer una descripción o una clasificación arbitraria, sino señalar las líneas fundamentales que deben presidir nuestra tarea.

Esas tres características indicadas, nos dicen en forma imperiosa cuáles deben ser las condiciones que nuestra catequesis debe revestir si la queremos profunda y eficaz.

Cumpléndolas, nos colocamos en el cauce hondo de la tradición y en la gran línea de la renovación.

Con ella daremos la respuesta que el mundo exige de nosotros y enfrentaremos con cristiana visión la nueva civilización que surge.

Si el mundo moderno va perdiendo sus esencias cristianas, eso mismo nos exige el concentrarnos en lo esencial y medular de nuestro mensaje.

Si el mundo que nace de la técnica se estremece en un dinamismo mecánico que lleva al hombre hasta los espacios estelares, es una razón imperiosa el que nosotros sepamos mostrar el dinamismo vital de la redención: "Dios que se hace hombre para que el hombre se haga Dios".

Si el hombre de la civilización técnica quiere mostrar su irreducibilidad al mensaje cristiano, nuestra catequesis debe precisamente hacer ver que, sin perder su trascendencia, ella es capaz de adaptarse a la mentalidad y responder a las angustiosas inquietudes del alma moderna.

El cumplimiento fiel de estas tres condiciones, hará ver la belleza y la atracción del mensaje que la catequesis misionera presenta. "La belleza es el esplendor de la verdad".

El mundo cambia, pero los problemas esenciales permanecen.

La generación primera de la Iglesia supo comprender y vivir la íntima relación de estas dos realidades: catequesis y misión. La expansión cristiana frente al mundo pagano fue su fruto.

La generación de hoy ha de vivir la misma realidad y establecer el mismo nexo vital de misión y catequesis. La presencia cristiana frente al fondo futuro será también su fruto.

Al cumplirlo, realizaremos la vocación sublime que san Pablo nos recuerda y que hoy aparece en su trágica e imperiosa urgencia:

"Opus fac evangelistae".

Cumple el ministerio de la Evangelización.

NOTAS PARA UNA PASTORAL DE EMERGENCIA (1) (1962)

I. Frente a una encrucijada

Nunca en la historia de nuestra patria se había visto la Iglesia ante una encrucijada tan decisiva como la de la hora actual. Ignorarla sería ceguera. Conocerla y no asumir la responsabilidad que encierra sería falta imperdonable. No tomar por egoísmo, cobardía o dejación todas las medidas que tanto la autoridad de Roma como la Diocesana nos señalan, sería hacerse cómplice de las fuerzas que trabajan contra Cristo y su Iglesia.

No pretendo hacer un estudio sociológico. No es el fin de esta alocución ni habría tiempo para ello. Quiero solamente señalaros algunos hechos y sacar las consecuencias que de ellos nacen:

Chile está al borde de inminentes y profundos cambios estructurales que van a influir en nuevas formas sociales, culturales, económicas y políticas. Señalamos, sin entrar a detallarlos, esos cambios. La población pasará en los próximos 15 años de 7½ millones a 12. La población agrícola y la de los pueblos pequeños emigra hacia las grandes ciudades. (Vichuquén, de 2.000 habitantes en 1935, tiene hoy 350). Las villas de Putú, Curepto, Paredones, Pumanque, Lolol, Alcántara, San Clemente, Pelarco, Corinto, etc. . . . , cuentan los mismos o menos habitantes que al comienzo del siglo. En cambio, Talca, Curicó, Molina, Santa Cruz aumentan fácilmente su población, y Santiago pasa de 500.000 hace 25 años a dos millones y medio en el presente).

El fenómeno de la urbanización no es el de un "pueblito" que ha crecido. Toda una sociedad y una cultura nuevas hacen su aparición y la mayoría de las instituciones de base de la sociedad se transforman, v.gr., la familia. La década 1960-1970 va a ser fatalmente de la explosión del mundo rural. El Episcopado chileno acaba de hablar. Si la estudiamos detenidamente, vemos la gravedad de los problemas que ahí presenta. Con certeza y sin temor a equivocarme, os digo que los años que se acercan nos harán ver reformas agrarias muy hondas o bien explosiones revolucionarias de tipo cubanas. Soñar en que vamos a permanecer iguales que antes no es sólo ilusión, sino ceguera. Y lo que sería más grave, ceguera culpable.

(1) Extraído de *Pastoral Popular*, (N.os 70-71), pág. 25-41.

2. Esos cambios estructurales marcan el fin de un régimen económico y social que no tenemos por qué identificarlo con el ideal cristiano ni hacernos solidarios de él. Repetimos la frase del Evangelio: "Hay que dejar a los muertos que entierren a sus muertos" (2). Somos la Iglesia de la Resurrección.

3. Hay que tomar conciencia clara y cristiana de la tragedia espiritual, cultural, económica y social del mundo obrero, tanto urbano como rural y que afecta a una proporción muy alta de nuestra población. Un gran número de ese mundo obrero —no digo todo— carece de los medios indispensables para desarrollar una vida humana y ser aptos para vivir y cultivar una vida cristiana.

4. De otra parte sabemos que frente a esta realidad social se levanta con ímpetu, organización y estrategia el comunismo ateo. El comunismo entre nosotros aún no llega a las grandes masas, pero una estrategia muy inteligente está actuando en los puntos claves de la evolución actual y futura. Señalemos a modo de ejemplo, los medios estudiantiles, la Universidad, los Sindicatos obreros, el mundo del arte, el campo, (1.000 permanentes "full-time" dedicados al campo).

"La formación de líderes, el desarrollo de una esperanza, la insistencia sobre la necesidad de una transformación radical de todas las estructuras socio-económicas, son los grandes puntos de apoyo del comunismo entre nosotros" (3).

La experiencia de Cuba tiene un valor del todo particular, porque se puede decir que es la primera revolución real en América Latina. La revolución de la Independencia fue política, pero dejó casi intactas las estructuras socio-económicas de la Colonia. La revolución de Cuba no es una simple revolución de un partido contra otro, es una verdadera revolución social que toma la cultura y todas las estructuras sociales. Añádase a esta influencia tan cercana la del comunismo chino, que por sus características está mucho más próximo a América Latina que el comunismo ruso. ¿Nos damos cuenta hasta dónde llega la infiltración marxista? No podemos caer en la ingenuidad de suponer que el comunismo en el poder respetará a la Iglesia. Ni su doctrina ni su táctica, ni su praxis lo permitirán.

5) ¿Cuál es la situación de la Iglesia frente al cambio social latinoamericano? Tomo de un magnífico estudio del abbé Houtart: "La Iglesia ante el cambio social en América Latina", las ideas principales:

La Iglesia tiene que hacer frente a este rápido e inevitable proceso en situación poco favorable. Ante todo tenemos el problema de la escasez

(2) Mt. 8, 22.

(3) Houtart. Sacerdote sociólogo belga contemporáneo, perito Conciliar en la Comisión Sacerdotal.
El texto es cita exacta de Houtart: *La Iglesia ante el cambio social en América Latina*.

de sacerdotes. No voy a detenerme. Quiero solamente anotar, que a pesar del esfuerzo extraordinario de la Santa Sede y de la generosidad magnífica de muchos Episcopados, entre los cuales conviene mencionar España, Estados Unidos, Canadá, Bélgica, etc., el crecimiento violento de la población —la explosión demográfica— hace que no sea ni siquiera posible conservar la proporción actual entre el número de sacerdotes y fieles. En nuestra diócesis hay zonas humanas y geográficas prácticamente no evangelizadas. Los canales habituales de la transmisión de la tradición religiosa están en pleno cambio. La población rural vivía dentro de las estructuras tradicionales. Hoy sale bruscamente de ellas. Se forma una sociedad nueva y una cultura nueva. Pero los polos del desarrollo de esta sociedad y de esta cultura nueva son al mismo tiempo los polos de la descristianización. La Iglesia se encuentra ante el poder de asumir esta sociedad y esta cultura nueva y de poner en su base una jerarquía de valores cristianos.

6. Si lo anteriormente dicho parece poco optimista, no podemos olvidar que la Iglesia tiene una respuesta tanto en su mensaje espiritual y en su vida de gracia, como la expresión temporal de esa doctrina, una fuerza capaz de corregir los males presentes, de construir un orden social justo y fraterno y de evitar la catástrofe espiritual y social que la implantación del comunismo significaría. No podemos ser pesimistas, pero debemos ser realistas. No queremos ser alarmistas, pero tampoco podemos, como aquel político chileno, creer que “la mitad de los problemas se arreglan solos y la otra mitad... no tienen remedios”. No debemos caer en críticas de lo que no se ha hecho o de lo que se pudo hacer, sino en la afirmación viril y cristiana de lo que hay que hacer.

El problema que atravesamos no es ni una derrota, ni un ocaso. Es una nueva vuelta de la historia en la cual la Iglesia se enfrenta en América Latina a una situación nueva que debe asumir y bautizar. Hace 470 años la Iglesia enfrentó en América Latina un mundo pagano. En un impulso misionero admirable lo cristianizó. Hoy se encuentra delante de otro proceso histórico, doloroso, amenazante y al mismo tiempo cuajado de esperanzas. Un nuevo ímpetu misionero, al cual nos llama a todos, dará nuevamente la respuesta que esperamos.

Esto nos exigirá, como os decía hace días, lucidez y decisión. Nos pedirá sacrificios. Nos hará afirmar a todos, Obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos y laicos, nuestra genuina vocación apostólica. Pero nos dará la satisfacción de haber respondido a lo que la Iglesia y las circunstancias actuales exigían.

II. *La voz de Roma y del Episcopado*

Mis observaciones precedentes, que las creo plenamente fundadas tienen total confirmación en la voz de Roma y del Episcopado. Habéis

leído la carta de Su Santidad Juan XXIII al Episcopado Latinoamericano. Habéis conocido igualmente la pastoral del Episcopado Nacional; por medio de su Comisión permanente estudia la manera práctica y eficaz de realizarla con la urgencia que requiere. En otras palabras: la Iglesia por su Jerarquía y los hechos con su claro realismo os dicen en forma clara, precisa y terminante lo siguiente:

La Iglesia puede hacer frente a la situación actual, salvar a sus hijos y asegurar un futuro donde su misión pueda ampliamente realizarse siempre que sepamos cumplir varias condiciones:

1. Una gran lucidez para saber comprender la situación. Ver con realismo la gravedad de los problemas señalados. Ver con sinceridad los vacíos de nuestra pastoral. Darnos cuenta que tanto, o más grave, que el problema de la descristianización es el de la no cristianización, o sea, la ausencia práctica de la Iglesia de grandes zonas humanas o geográficas de nuestra diócesis.

2. No evadirnos de nuestra responsabilidad con frases que nada explican ni nada justifican. A veces se dice: "Los tiempos son difíciles". Respuesta: razón demás para que nuestra acción sea más efectiva.

Otras veces se repite: "Siempre ha sido así". Respondo: En primer lugar, no es verdad; y añadido, si fuera verdad, eso explicaría las terribles lagunas de la situación presente. No pocas veces nos refugiamos en un pesimismo de mala ley: "Las cosas no tienen solución"; nuestra fe en Cristo resucitado, la historia de la Iglesia, el dinamismo salvador de la Redención, nos prohíbe a los cristianos y con mayor razón a los sacerdotes dejarnos arrastrar por ese pesimismo.

3. Junto a la lucidez es necesario una gran unidad. Eso exige un esfuerzo de ascesis, para salir de nuestro individualismo y buscar penosa, lenta, pero generosamente la unidad. De ahí la importancia que atribuyo al plan de pastoral de conjunto. Ninguna parroquia, ninguna obra, ninguna institución son islas. La constitución de la Iglesia exige esa coordinación. La realidad social muestra la íntima relación de una parroquia con otra, de una región con otra, del campo con la ciudad, de la Acción Católica especializada y de la parroquial, del clero secular y de los religiosos, del laicado y del sacerdocio, de los colegios y de la acción diocesana. Ninguna obra es fin en sí misma. Aislarse no es solamente hacerse infructuoso, es sustraerse a la realidad social y traicionar el plan de la Iglesia. Es fácil que un sacerdote se acostumbre a una vida tranquila, atienda los llamados que se le hace, diga las misas que se le pide, sirva las sacramentaciones, etc. Pero si ese sacerdote no percibe lo que el momento histórico le exige, si se aísla de los otros sacerdotes vecinos y amigos que le harán ver lo que le falta a su acción, si no revisa su apostolado para ver hasta dónde llega, si mira como planes teóricos lo que la Autoridad Eclesiástica le propone, en una palabra, si no siente junto con la responsabilidad propia de su ministerio particular, la responsabilidad de la comunidad eclesial, si no sacrifica con gran sentido de Iglesia muchas cosas individuales al bien colectivo, será imposible que se dé el impulso

que pueda salvarnos y que el bien de las almas y de la causa de Cristo nos exige. Hay una responsabilidad muy grave de la cual Cristo y la Iglesia nos pedirán estrecha cuenta.

4. Junto a la lucidez y a la unidad, hay que añadir un esfuerzo apostólico extraordinario, profundo, que toque los puntos vitales; constante, que se desenvuelva a través de una planificación seria y progresiva; disciplinado, que siga y ejecute fielmente las directivas; real, sobre el conocimiento que las parroquias y las obras entregan; filial, hecho de un diálogo vivo entre la jerarquía con el Clero y el laicado. Repito a este propósito las palabras del Emmo. Cardenal Leger, Arzobispo de Montréal:

“La Iglesia no es una comunidad puramente carismática donde le es permitido a cualquiera elevar la voz cuando le parezca para proferir en la confusión todo lo que le viene a la mente. Pero la Iglesia tampoco es una institución autocrática, donde los jefes arrogándose solos el derecho de la palabra no aceptarían una legítima libertad de expresión y de intercambios entre los que buscan soluciones y aún de toda la comunidad eclesial. La Iglesia es una comunidad jerárquica de hombres libres, donde el diálogo es un deber tanto como la obediencia”.

III. *Hacia un plan de emergencia*

La Santa Sede nos habla de:

“La urgencia improrrogable de actuar un plan casi de emergencia para tutelar y defender el patrimonio sagrado cristiano de los países latinoamericanos amenazados hoy gravemente”.

Subrayamos de esta frase, cuya autoridad es indiscutible, tres ideas precisas:

1. “*Urgencia improrrogable*”. Es decir, acción inmediata, sin dilaciones. No enredarnos en discusiones estériles o en bizantinismos suicidas. Dice la historia que mientras los otomanos asediaban a Constantinopla, el Emperador y su ejército discutían sobre la naturaleza de la luz de que se rodeó N. S. en la Transfiguración. . .

2. *Plan de emergencia*. Hay que subrayar la palabra; es decir, a corto plazo, sin descuidar otro a mayor plazo. De emergencia; ágil y ejecutivo; de emergencia, que tome medidas que no cabrían en una situación normal, pero que sí deben caber en una como ésta. De emergencia; que tome los puntos vitales de los problemas. De emergencia; que se concentre en los problemas claves.

3. “Para tutelar y defender el patrimonio sagrado”. Plan que se oriente, en otras palabras, al fin primero de la pastoral: edificación del Cuerpo Místico de Cristo, por los medios que Cristo entregó a su Iglesia.

IV. *Idea central del plan*

Nada nuevo. No se trata de inventar recetas. Ni de levantar fórmulas. Se trata simplemente de vitalizar al máximo lo que existe, con otras palabras, darle a la vida diocesana y parroquial toda su fuerza apostólica; coordinar la acción para que todas las actividades en vez de dispersarse se sumen, establecer una jerarquía de valores en las acciones.

V. *Esto exige tres cosas:*

1. Un plan de acción que se concentre en los objetivos principales.
2. Una pastoral de conjunto.
3. Una disponibilidad del clero, para dejar a un lado actividades menos importantes y concentrarse en aquéllas que se vean más urgentes, (lo que significa estar pronto a dejar cargos y trabajos y tomar otros nuevos, como igualmente a cambiar muchas cosas de suyo lícitas, pero que pueden en estos momentos obstaculizar la acción que se busca). La aplicación del plan nos lo irá señalando.

VI. *Bases para un plan de acción*

La finalidad ya la dijimos:

Darle a la vida diocesana y parroquial toda su fuerza apostólica. Pero antes precisamos algunos puntos:

1. La Diócesis es de origen divino. La Parroquia de origen eclesiástico. El Concilio de Trento dio la estructuración jurídica a la parroquia actual (4). Ese pensamiento grandioso del Concilio hasta hoy no se ha realizado totalmente. La pastoral de nuestros tiempos está mostrando en forma cada vez más viva la armonía entre el concepto teológico y el canónico de la Parroquia. Hay que darle a la parroquia toda la vitalidad pastoral que requiere. Pero para esto hay que ubicar a la parroquia en la vida diocesana.

La fecundidad de la parroquia exige una estrecha vinculación con la diócesis, con las organizaciones diocesanas, con el sacramento de la paternidad del Obispo y con la Iglesia universal. Una parroquia no vinculada estrechamente a la vida diocesana es como un engranaje suelto en una máquina. La comunidad parroquial es parte de la comunidad diocesana. En consecuencia, debe atender sus orientaciones compartir sus pro-

(4) Concilio de Trento (Sess. XXIV - De Reformatum XIII - 1563).

blemas. Todo párroco si debe pensar con especial solicitud en su parroquia debe importarle preferentemente la edificación de una Diócesis viva. La Comunidad parroquial no es término en sí misma. Vive en función de la comunidad diocesana. Si ésta se debilita o detiene, la primera en sufrir sus consecuencias es la misma parroquia.

2. Pastoral extensiva e intensiva. Un segundo punto que debe servirnos de base en nuestros comunes trabajos es reconocer un hecho fundamental: tal como estamos no somos capaces materialmente de atender el campo apostólico. En consecuencia, hay que fijar dos criterios simultáneos: se necesita una pastoral intensiva y una pastoral extensiva.

a) *Pastoral intensiva*. No se trata de abandonar otros sectores, pero sí consagrar especial atención a aquellos sectores que tienen mayor importancia en la vida social y a ellos dedicar preferentemente tiempo, hombres y energía. No es fácil precisar cuáles son esos sectores, pero pueden tenerse algunos criterios positivos:

- Trabajar más con los hombres que con las mujeres.
- Más con los adultos que con los niños.
- Más con las personas que están en plena actividad que con los que se encuentran retirados del trabajo.
- Preocuparse en forma muy seria en nuestras escuelas del hecho que abandonamos al niño o niña precisamente en el momento de su vida que tiene mayor necesidad de orientación.
- Preocuparse especialmente de la labor con el profesorado primario y secundario.
- Preferir el trabajo de formación de grupos de seglares al tiempo que se dedica a actividades administrativas o rutinarias, donde podríamos ser reemplazados por un seglar.
- Formar el criterio sobre las donaciones de dinero. Antes que hacer torres, altares, iluminaciones costosas, etc. hay otras obras apostólicas hacia donde debe orientarse la generosidad de los fieles; v.gr., formar catequistas, distribuir Evangelios o Catecismos, suscribir a *La Voz*, ayudar a la formación de Seminaristas, etc.

b) *Pastoral extensiva*. Significa utilizar los medios actuales de difusión y propaganda que llegan a toda la masa; prensa, radio, cine. Difundir sus programas y hacer que las audiciones radiales lleguen al mayor número de personas. Renovar el esfuerzo por difundir *La Voz*. Procurar que todas las escuelas rurales reciban el programa radial del Instituto de Educación Rural. Son tareas concretas y reales. No se trata de proyectos. Son realidades existentes que nosotros debemos apreciar en nuestras parroquias.

3. Una tercera base del plan debe ser el distinguir entre parroquia urbana y rural, y trazar las líneas fundamentales en cada una de ellas.

a) Parroquia urbana. En la diócesis, las ciudades son pocas: Talca y Curicó. Las bases de una acción urbana deben ser las siguientes:

— La acción parroquial y la A. C. especializada tienen que coordinarse seriamente. No puede continuar una tensión que a nadie favorece.

— Un culto digno y educativo. Los actos del culto imponen cuando son dignamente realizados. Desedifican y alejan cuando no lo son. Educaban cuando el pueblo participa en forma activa e inteligente. Cuando no, deseducan, porque lo convierten en algo meramente externo y rutinario. Las parroquias urbanas, con las rectorías y capillas que incluyen, deben aplicar con mucho mayor fuerza el Directorio de la Misa. Debe ser una de las campañas de los Decanatos. Las parroquias deben tener un buen Curso de guías y lectores. El pueblo debe cantar. Parroquia sin canto es parroquia muerta.

— Sacramentación. Los sacramentos para ser recibidos fructuosamente necesitan preparación. La parroquia urbana tiene más facilidad que la rural para darla. Los Decanatos deben realizar cursos de preparación al matrimonio. Debe haber en estas ciudades, cursos de preparación a la Primera Comunión. La Confirmación debe recibirse en año diverso a la Primera Comunión, y previo un curso de preparación obligatorio.

— Formar comunidades de barrio. La parroquia urbana debe estar dividida en sectores. Cada sector debe tener un grupo responsable en lo posible del mismo sector. Esas comunidades de barrio deben tener tres objetivos bien claros: Catequización, Centro de Cultos, Asistencia.

— Los Hogares catequísticos de Talca y Curicó han de ser obra preferidas de las parroquias. A través de ellos hay que formar los profesores suficientes a fin de que todas las escuelas fiscales tengan su clase de Religión. Hay que buscar los fondos para financiar el esfuerzo.

— Los nuevos barrios que se van levantando deben estar solícitamente atendidos. Procurar que en ellos haya un local que, al mismo tiempo, sirva de hogar social, centro de reuniones y catequesis y si es necesario, de culto. Cuidar que en las poblaciones "callampas" no se haga de parte de otros sectores, con la mejor intensidad, una mera distribución de ayudas que a veces más deprime que levanta.

— Dar especialísima atención al sector obrero (MOAC), especialmente a los adultos. El censo de asistencia a misa en Talca y Curicó da una proporción impresionantemente baja de asistencia de obreros adultos. Orientar a los católicos hacia las Cooperativas y Sindicatos. Velar especialmente por las Cooperativas de edificación de viviendas. Promover y organizar el desarrollo de la comunidad en los barrios obreros. Coordinar obras paralelas (en Educación Popular, Caritas, Fundación León XIII).

— Buscar igualmente los puntos de contacto con la clase media (Centros de Padres). Fortificar ampliamente la Acción Católica de profesionales, empleados y profesores. Coordinar esta acción con el Movimiento Familiar Cristiano. Dar al Movimiento Familiar Cristiano un fuerte impulso, cuidando de no encerrarlo en un sector social determinado y orientándolo fuertemente hacia la clase media.

b) Parroquia Rural. Nuestras parroquias rurales no son sólo la sede donde vive el párroco, sino un conjunto de comunidades humanas.

En la sede parroquial vive generalmente el 10%, a veces raramente el 15 por ciento de la población de la parroquia rural. La unidad vital en nuestras parroquias es el caserío, el fundo, la quebrada, la rinconada, etc., es decir, el grupo humano, la comunidad humana básica. Por esta razón es fundamental descentralizar la acción pastoral parroquial por la comunidad real.

“La parroquia rural no puede ser sino una federación de comunidades de tamaño inferior. De otro modo desarrollamos un catolicismo de tipo canceroso, es decir, el desarrollo de una célula sobre sí misma, sin multiplicación orgánica de células numerosas capaces por sí mismas de asegurar una vida sana y normal” (Houtart).

Esta descentralización tiene que hacerse en varios planos de la vida religiosa:

— Descentralización de la catequesis. Hay que tener una o varias catequistas en cada comunidad rural (experiencia de Lincantén e Iloca). Hay que proveer a que cada escuela fiscal tenga su clase de religión. Hay que estudiar un plan de catequesis por radio; ya lo está haciendo en parte el Instituto de Educación Rural. Dios mediante, esperamos a mitad del presente año, iniciarlo por Radio Chilena (5) que, gracias a una generosa donación, subirá este año su potencia de 1 kilowatt a 50.

—Descentralización del culto. Hay que crear la reunión dominical del culto, a cargo de un responsable. Periódicamente el sacerdote celebrará ahí la Santa Misa, pero dominicalmente se reunirá el pueblo a orar sin sacerdote.

— Descentralización en el campo apostólico. Grupos de movimientos, sean estrictamente apostólicos (JAC), sea de promoción de la comunidad (IER), sean de (ANOC).

— Descentralización de los sacramentos. Sabemos que podríamos multiplicarlos si hubiera más sacerdotes disponibles. ¿No podríamos hacer que las religiosas se concentraran el domingo en unas cuantas Iglesias y dejaran libres a los sacerdotes para ir a atender capillas en los campos?

— Tomar contacto con los sectores de pequeños propietarios y promover la formación de pequeñas cooperativas agrícolas que tendrán gran importancia en el futuro.

— Un problema delicado en el cual hay que proceder con gran claridad y caridad, es el ir independizando los lugares del culto y de misiones de la casa y tutela patronal. No se trata de hacer un agravio a nadie. Se trata solamente de mostrar que el servicio religioso, es de la comunidad. Que la Iglesia no llega a esa comunidad por medio de nadie. Comprendo que es difícil. Que aún sea duro para rectos patrones cristianos el decirles que cambien su actitud en la cual están de óptima buena fe. Pero, repito, hay que ir con caridad y prudencia, pero con firmeza desvinculando la práctica religiosa de la acción patronal. La Iglesia tiene que ser el lugar de encuentro de todos y eso exige igualdad entre

(5) La “Radio Chilena” pertenece a la Iglesia.

los que forman la comunidad, lo que es muy difícil de lograr en el caso citado.

— Tomando como base el estudio de Monseñor Piñera, "*Proyecto de una pastoral del campo chileno*", sería importante se hiciera en el plan proyectado la pastoral de la capellanía para las parroquias rurales chilenas. Sería, por otra parte, volver a la antigua tradición que hizo posible en tiempos pasados una profunda vida cristiana en nuestros campos.

— No olvidemos que nuestra parroquia rural debe ser considerada como territorio de misiones, la labor parroquial como labor misionera y los párrocos mismos como genuinos misioneros.

VII. *Puntos capitales de un Plan de Emergencia*

Los reduciremos a tres y ya nos hemos referido anteriormente a ello.

1. *El primero es la evangelización.* El problema básico nuestro es la falta de evangelización. Hemos hecho rezar mucho. Hemos trabajado mucho en la sacramentación. Pero no hemos insistido con igual fuerza en la evangelización. Hemos medido el progreso de la Iglesia por el número de sacramentaciones o por las asistencia a procesiones, sin tener como factor primero el de la evangelización.

Quiero señalar en este punto cuatro aspectos:

a) *Catequesis.* La palabra es simple, pero el problema es complejo. Tenemos que pensar en la formación de catequistas para las escuelas fiscales y para las parroquias. Necesitamos una amplia difusión de Catecismos y Evangelios. Hay que lograr la catequesis familiar. Hay que estudiar una catequesis de adultos. Sobre un pueblo que ignora a Cristo cualquier régimen inhumano puede prosperar.

b) *Liturgia.* Hemos dado los primeros pasos en la aplicación del Directorio de la Misa. Queda aun muchísimo por hacer. Hay que formar los guías y lectores para cada parroquia e iglesia. Hay que dar el sentido de los tiempos litúrgicos. Preparar un buen Manual para la Misa comunitaria.

c) *Predicación.* Urge modificarla, darle a la homilía el sentido bíblico y litúrgico que debe poseer.

2. *El segundo punto del plan es la formación de laicos.* Debe realizarse en dos direcciones; formación de laicos en el plano apostólico, a fin de que asuman responsabilidades de orden religioso, y formación de

(6) *Pastoral Popular* (Nº 56).

laicos que asuman la sociedad y la cultura nueva. Este desarrollo nos exige cambiar en la forma de concebir y desarrollar nuestra función, es decir, la manera monopolizadora y autoritaria. Las diversas obras que miran al apostolado laico deben coordinarse al nivel parroquial y diocesano.

3. *La Acción Social*. La hemos señalado en diversas partes de este trabajo. Quiero solamente insistir en dos cosas:

a) Es menester hacer una amplia difusión de la doctrina social. Especialmente de la Encíclica *Mater et Magistra* y de la Pastoral sobre la Reforma Agraria (7).

b) Es necesario que quitemos todo aquello que pueda alejar al pueblo de la Iglesia, y que marca una odiosa distinción, como mantener diferentes clases en funerales, matrimonios y bautizos. Se recuerda que sólo el paño del fondo del altar está permitido, y desde hace años se ha prohibido el uso de luto fastuoso en los funerales.

Un último punto a este respecto: la colonización de los fundos. La Pastoral colectiva del Episcopado ha hablado al respecto. No podemos quedarnos en palabras. Lo que hemos dicho debemos cumplirlo.

Esto nos va a exigir algo muy claro: la reorganización de nuestro sistema del dinero del culto. La Iglesia puede y debe vivir principalmente de esta entrada. Muchas obras diocesanas y parroquiales podrían florecer con un dinero del culto bien organizado. Hay que organizar en forma técnica una oficina que organice la propaganda y la recaudación. Esto tiene inmensas ventajas. Deja a la Iglesia más libre, prevenimos el evento no difícil que un día cercano la Iglesia pueda ser desposeída de los bienes que hoy la ayudan a vivir. No la hace una Iglesia que tenga que mirar al presupuesto y con ello a los políticos, y sobre todo ayuda a lo más urgente entre nosotros, dar a nuestros católicos el sentido de su pertenencia a la Iglesia.

La vida litúrgica haciendo participar a la asamblea en la oración oficial, la Acción Católica haciendo participar en el apostolado jerárquico, y el dinero del culto concebido no como un favor al Obispo o al Párroco, no como una prueba de amistad o de benevolencia hacia ellos, sino como el deber del católico de sostener su Iglesia, deben ser las tres grandes formas educativas de esta gran realidad sobrenatural: la Iglesia, Cuerpo Místico, Asamblea del Pueblo de Dios, acción comunitaria de todos, para extender en el mundo el Reino de Cristo. La Iglesia de Estados Unidos no fue de la Iglesia de los grandes reyes de la industria, sino de los humildes y pobres emigrantes irlandeses, alemanes y polacos. Ellos la levantaron porque la sentían de ellos. Ellos la mantienen porque la saben suya. Su Santidad Pío X cortó las relaciones con Francia. Combes desposeyó a la Iglesia de sus bienes. Entonces los católicos franceses sintieron que la Iglesia era suya y que a ellos correspondía mantenerla.

(7) *La Iglesia y el problema del campesinado chileno*. Pastoral Colectiva del Episcopado, Cuaresma de 1962. Ed. Univ. Católica, Santiago (1962), 37 págs.

Dije que un plan de emergencia requería tres cosas: un plan de acción, una pastoral de conjunto y una disponibilidad del clero. He hablado del plan de acción. Diré breves palabras de los otros dos puntos.

Pastoral de conjunto

Hemos oído los años 1960 y 1961, las orientaciones claras y prácticas del Canónigo Boulard (8) y del P. Motte (9). No voy a repetirlas. Se ha publicado en Santiago un libro que reúne parte de esas conferencias. Lo recomiendo. Igualmente "Pastoral Popular" ha publicado otras de esas conferencias. De esas jornadas apareció claro que una pastoral de conjunto no puede nacer sólo de un decreto Episcopal. Se trata en primer lugar que todos: Párrocos, asesores, capellanes, educadores, etc., se reúnan para reflexionar sobre sus responsabilidades pastorales, para dar al trabajo la eficacia que se requiere.

Se trata en segundo lugar que gracias a esos encuentros todos se sientan Responsables en conjunto de una misma obra cumplida por medios diferentes.

Se trata en tercer lugar de UNIFICAR nuestro criterio pastoral y nuestra manera práctica de actuar frente a una realidad común. Se trata de una acción que no nace forzadamente de una orden ni de simples directivas generales. Tiene que ser REALISTA, nacer de la CONVICCIÓN y del mutuo CONTACTO entre las diversas fuerzas apostólicas e irse desarrollando en una forma METODICA y PROGRESIVA. Sería inaceptable y de consecuencias pastorales funestas, el encerrarse en su parroquia, en su obra, en su escuela, en su movimiento de Acción Católica. No podemos oponer Acción Católica especializada a parroquia. Ni escuela a parroquia. Ni religiosos a clero diocesano. Ni apostolado ambiental a apostolado directo. Todos se necesitan en el crecimiento de la Iglesia, pero a condición de que cada cosa se integre en el conjunto. Que la pastoral de conjunto no es ni una MERA FORMULA, ni una MODA del momento, ni un CAPRICHO PASAJERO; es UN DEBER que debemos, pese a cualquier sacrificio, realizar. La Iglesia nos llama a todos a hacer un trabajo de conjunto, a sacrificar juicios propios, a no encasillarnos en modos de ver, verdaderos quizás, pero parciales, a buscar todos los puntos convergentes en el pensamiento y en la acción.

(8) Boulard, Canónigo. Sacerdote francés contemporáneo especializado en Sociología religiosa. Apóstol infatigable de la "Pastoral de conjunto". Trabajó con Gabriel Labras, autor de varias obras, especialmente *Problemas misioneros de la Francia rural*. Estuvo en Chile 1970 con el Padre Motte para iniciar la estructuración de la "Pastoral de conjunto" en Santiago y en Talca. Luego ha venido a Chile varias veces: Colaboró en el esquema sobre el escrito de los Obispos en el Concilio. Amigo personal de don Manuel.

(9) Motte, P., Sacerdote franciscano contemporáneo, célebre por sus trabajos en las *Misiones interiores*. Actualmente Obispo auxiliar de Cambrai. Vino a Chile con Boulard.